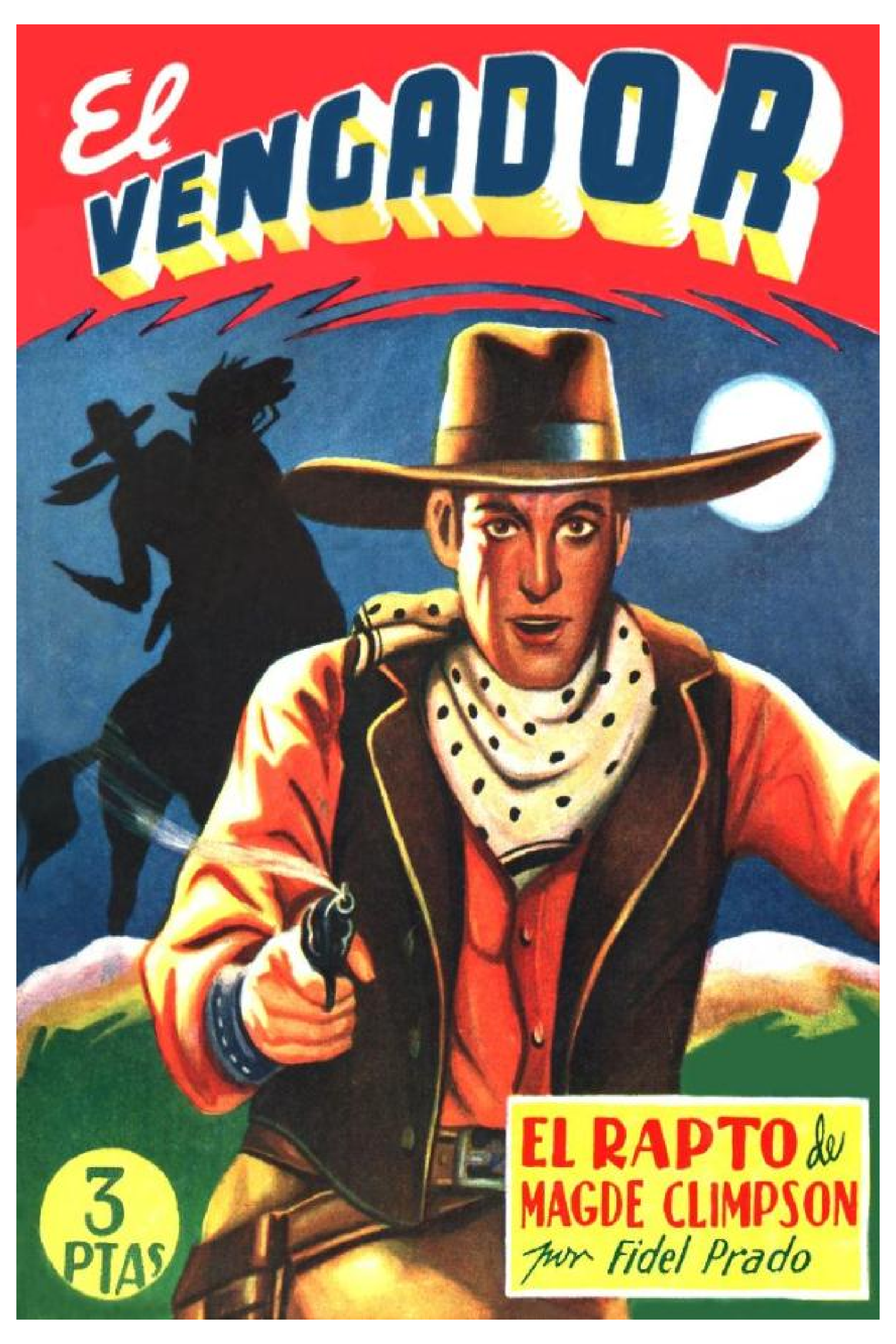

El
VENGADOR
EL RAPTO de
MAGDE CLIMPSON
por Fidel Prado
3
PTAS



Núm. 9

El rapto de Magde Climpson

NOVELA DEL OESTE ORIGINAL DE

FIDEL PRADO

Editorial Cíes - Vigo

EL VENGADOR

TITULOS PUBLICADOS

Seguirán otros títulos.

PRIMERA EDICIÓN 1946

Impreso en España *Printed in Spain*

Artes Gráficas «GRIJELMO», S.A.—Bilbao



Capítulo I

TRES INDESEABLES SE CONFABULAN



N el Oeste había muchos indeseables que enviar al otro mundo como una medida de profilaxis social; pero, entre todos, tres se destacaban por sus actividades peligrosas y por sus depreciaciones condenables.

Uno se llamaba Ben Hard («el Cruel»), y operaba en Nevada, en la raya de Utah. Tenía por guarida los montes Calientes, junto al río Mudly, cerca del Colorado, y su hoja de servicios, digna del mejor verdugo, era interminable.

El segundo era conocido por Lee Slow («el Torpe»), aunque este apodo debía ser una ironía de sus admiradores, pues, si era tardo para algo, sería para todo menos para disparar su terrible *colt*. Operaba en las planicies del río Owikee, en Idaho, muy próximo a la divisoria de Utah, y se ignoraba dónde hallaba refugio cuando se

veía acosado por los *sheriffs* y sus ayudantes.

Y al tercero se le conocía por el apodo de «el Flaco», pues, realmente, Bob Lank era flaco como un pollino del desierto, pero ágil como una ardilla y escurridizo como una anguila.

Este gran elemento operaba en el propio Utah y sabía guarecerse, como un lagarto, en los montes Detroita, junto al río Sevier y no muy lejos del lago de este nombre.

Como el campo de acción de estos tres elementos se hallaba muy próximo a sus mutuas actividades, los tres se odiaban a muerte, pero los tres se temían, y aunque se habían lanzado mutuas amenazas, jamás se decidieron a intentar eliminarse por cuenta propia.

Más un día los tres temblaron preocupados por su propia seguridad. Alguien había colocado unos pasquines por las rutas por ellos frecuentadas, en cuyos pasquines se les concedía ocho días para pasar la frontera del Canadá o la de México, si no querían pasar la frontera del otro mundo, menos grata para ellos.

Tratándose de hombres duros y bravos como ellos lo lógico hubiese sido reírse de tales pasquines; pero no fue así, porque iban firmados por Sol King «el Vengador», y lo que éste firmaba lo cumplía al pie de la letra.

«El Flaco» fue el más preocupado por ser el que operaba más cerca del pueblo natal de Sol, y tanta preocupación le acometió que puso en estudio un plan para eliminar a tan astuto y peligroso enemigo, aunque con ello favoreciese a sus odiados rivales.

Y un día, con el plan bien maduro, envió a algunos de sus hombres en busca de Hard y de Slow para someter a su estudio el diabólico plan que había concebido y que requeriría el apoyo mutuo y la acumulación conjunta de fuerzas.

Y así, una mañana, buscando un terreno neutral para la entrevista, se reunieron en unos desmontes cerca del río Read, en Wyoming, aceptado por los tres para la conferencia.

Cada uno iba acompañado de sus dos mejores hombres que, armados hasta los dientes, se hallaban dispuestos a defender a sus respectivos jefes a costa de su propia vida.

«El Flaco» salió a recibirles sin arma alguna para demostrar sus buenas intenciones, y los tres penetraron en la cueva preparada al efecto, en la que Lank tenía media docena de botellas dispuestas para agasajar a sus rivales.

Cuando los nueve se hallaron en torno a la mesa, que consistía en una gran piedra plana, Lank tomó la palabra para decir:

—Ya os he anticipado el objeto de esta conversación y, por lo

tanto, sólo me resta daros a conocer el plan que he ideado para acabar con nuestro mortal enemigo, dando de lado por el momento nuestras rencillas y asociándonos para que el plan obtenga el éxito apetecido.

Hard, impaciente, comentó:

—Bueno, primero danos a conocer tu plan y después veremos si podemos aceptarlo. Yo no puedo comprometerme a nada sin saber de qué se trata.

«El Flaco» estuvo a punto de contestarle con su natural agresividad, pero se contuvo, diciendo fríamente:

—No creo que me consideres tan imbécil que haya imaginado una tontería. Mi plan es perfecto y hasta podía haberlo ejecutado por mi cuenta, pero si vosotros vais a salir beneficiados, justo es que trabajéis y os expongáis como yo. Yo soy el que mejor conoce a Sol King, porque opero en la región y me peleé con su padre, que era un *sheriff* de cuidado. Sé que vale más que él y no he dudado nunca en que si nos ha lanzado una amenaza sabrá cumplirla.

—Si le dejamos—advirtió Slow—. A mí me llaman «el Torpe», pero muchos han comprobado que, cuando llega la hora de hacer funcionar la ferretería, no lo soy.

—Todo eso está bien—arguyó Lank—, pero líbrate de que te elija el primero, porque lo pasarías muy mal. Es el mejor revólver del Oeste y lo ha demostrado eliminando hombres como «el Tigre de Sierra Blanca», que era algo excepcional entre nosotros.

Y ahora, escuchad mi proyecto:

Me he enterado de que Sol tiene por novia a una chica muy guapa de Utah llamada Magde Climpson, hija de un ranchero de Pine Walley, con la que se ha comprometido en matrimonio para cuando considere cumplido el juramento que hizo: de matar cien indeseables a cambio de la muerte de su padre.

Pues, bien, yo he pensado raptar a Magde, llevarla a un lugar que escogeremos de antemano y luego hacer llegar a Sol un aviso comunicándole que tenemos a su novia en nuestro poder y que le brindamos la oportunidad de rescatarla si se siente tan bravo que es capaz de venir a buscarla en su encierro. Como los tres, con nuestras respectivas cuadrillas, nos apostaríamos en los caminos próximos al lugar señalado, no creo que Sol, por muy valiente que sea y por rápido que maneje el revólver, podrá salir vivo del intento:

«El Cruel» sonrió despectivo, afirmando:

—No se atreverá a caer en un cepo tan grande, Lank. Me parece que tú sueñas.

«El Flaco», enojado, gritó:

—Yo te apuesto cinco mil dólares a que acude. Si así es, y sales con vida, te pagaré la apuesta, y si te manda al infierno, ya me dirás quién te hereda para mandarle el dinero y que te compren unas flores para la tumba en señal de gratitud.

Hard, furioso, repuso:

—¡Y yo te hago la apuesta! Ninguno de nosotros seríamos capaces de eso porque no nos llamamos como él y porque no tenemos una mujer a quien querer con la locura que él quiere a Magde; pero yo me he enterado de muchas cosas y sé que por ella entregaría no una vida, sino mil que tuviese.

La propuesta se discutió acaloradamente. Para reforzar los argumentos de cada uno se bebieron sendos vasos de alcohol y llegó un momento en que parecía que iban a funcionar los revólveres, facilitando a «el Vengador» su saneadora tarea, pero Lank propuso una fórmula que fue aceptada por todos.

—Lo pongo a votación—dijo—. Somos nueve hombres: con dos terceras partes que la acepten queda el pacto hecho.

Se votó colocando piedras en dos sombreros. Las grandes aceptaban y las pequeñas rechazaban.

El proyecto fue aprobado por siete votos contra dos. Solamente Hard y su segundo lo rechazaron; pero su otro compañero votó a favor.

Aceptado el plan, se discutió la forma de raptar a Magde y el lugar donde debía ser llevada, así como quién debía vigilarla, y «el Flaco» añadió:

—Yo me comprometo, con mis hombres, a verificar el rapto de Magde. Está pasando una temporada con su tío, un ranchero de Módena. Conozco el rancho y sus costumbres y no me costará trabajo asaltarle una noche. Ahora me someto a llevarla al lugar que indiquéis, y en cuanto a la vigilancia podemos reunir cada cual media docena de hombres de nuestra confianza, que, con nosotros tres, se preocupen de guardarla y de estar al tanto de la posible aparición de Sol. Luego, cuando éste no sea más que un recuerdo, podemos devolverla a cambio de un buen rescate.

Esta última proposición les pareció muy bien a los forajidos. Un rescate después de deshacerse de su enemigo más terrible era un final bastante agradable.

—¿Es rico su tío?—preguntó Hard.

—Bastante. Además su padre tiene un buen rancho. Entre los dos pueden dar cincuenta mil dólares.

—Entonces no se discuta más. Elijamos el lugar donde vamos a

tenerla prisionera.

«El Torpe» propuso:

—Yo conozco un lugar cerca del Gran Cañón del Colorado, magnífico para ello. Todo son piedras, taludes y cañones, y es fácilmente defendible. Puedo mostrároslo, pues me lo reservaba para cuando me viese muy apurado.

—Iremos a verlo—dijo Lank—. No tengo interés por el lugar, sino por el resultado.

—Muy bien. Mañana podemos partir a conocerlo y, si es aceptado, inmediatamente podemos proceder al rapto.

Brindaron por el éxito de su empresa y más tarde decidieron bajar al poblado cercano, donde no eran conocidos y podían jugar un rato a los naipes y pasar una velada agradable.

Por el camino, Hard acercó su caballo al de Slow y le dijo en voz baja:

—¿Qué opinas tú de todo esto?

—¿Y tú?

«El Cruel» sonrió como una hiena y repuso:

—Pues, yo creo... que si sale bien... podemos deshacernos de ese espárrago presumido y repartirnos después el importe del rescate. ¿Qué te parece?

—Que la idea es digna de ti. Para eso puedes contar conmigo.

Lank, que caminaba a la zaga, no perdía de vista a sus dos rivales y, dirigiéndose a su segundo, preguntó en voz baja:

—¿Qué opinas tú de todo esto?

James Horton, que era su segundo, repuso sombrío:

—Que están poniéndose de acuerdo para conspirar contra ti. Intentarán suprimirte y quedarse con el dinero que saquemos por la muchacha.

—Bueno, que lo piensen. Yo haré que Sol se deshaga de ellos antes, y después... ya veremos quién ríe más.

* * *

Al día siguiente, los nueve forajidos partieron para Utah. Siguieron el curso del Green, más tarde el del Colorado y, por fin, alcanzaron un lugar llamado Kaibab, cerca de las reservas indias.

Era un macizo montañoso, hosco y repelente, y se prestaba para despistar a cualquier intruso y para ser defendido por un puñado de hombres.

Aceptando el refugio, los tres se despidieron cordialmente. Cada jefe se trasladaría a su respectiva demarcación a elegir los hombres

a él asignados y en un día determinado se encontrarían en la raya de Utah con Arizona, donde se trasladaría Lank con su presa.

«El Flaco», se retiró con sus hombres y Horton preguntó:

—¿Por qué les has propuesto ese bonito negocio? Hemos podido quedarnos con la muchacha nosotros y no tener que repartir con ellos, o al menos exponernos al peligro de una lucha trágica.

—No serás nunca un buen jefe de cuadrilla, James—aseguró Lank, riendo—. Necesito deshacerme de ese par de lobos y lo conseguiré.

—¿Cómo? ¡Serán doce contra seis!

—No; serán los que queden después de luchar contra Sol, seremos todos nosotros contra los que salgan vivos del encuentro. Confiaré el mando de nuestros hombres a Freddie y se emboscará con ellos en las cercanías del refugio. En momento determinado se lanzarán sobre ellos y se acabará nuestra rivalidad.



—¿Qué opinas tú de todo esto?

Horton rio de buena gana y afirmó:

—Eres grande, Bob. ¡Sólo al diablo se le ocurre una cosa tan genial!

—¿Es que no soy yo el diablo? ¿No le pintan tan flaco como yo soy? En cuanto lleguemos a nuestra guarida, enviaré a Freddie para que estudie el lugar y elija el sitio donde debe refugiarse con los nuestros, y una vez que hayamos cometido el rapto y no los

necesitemos, saldrán para allí al galope y elegirán posiciones. ¡Menuda jugarreta les vamos a hacer!

—Ahora es cuando creo que nos quedaremos con el rescate de la muchacha, porque en cuanto a Sol… ¡bien puede darse por muerto si intenta rescatarla!

Más la alegría de «el Flaco» y su segundo se hubiese visto aguada de poder asistir a las discusiones que sus dos compañeros sostenían en el camino. Ninguno de los dos era tonto, y precisamente porque la malicia y la prevención eran las que guardaban su vida, sus cerebros siempre se hallaban propicios a trabajar para el mal y el engaño.

«El Cruel», demostrando sus instintos, dijo a su segundo:

—A pesar de todo, no me huele bien la proposición de Lank. Es muy escurridizo.

—Lo mismo pienso yo—afirmó Lowery Clarence, que era su interlocutor—. Tenemos que hacer algo para prevenirnos.

—Yo sé lo que haremos. Deshacernos de los dos tendiéndoles una trampa, y el asunto será sólo nuestro.

—No es mala idea. Yo estudiaré alguna en la que puedan caer sin sospechas.

«El Torpe», por su parte, dijo a Ralph Pince, su segundo:

—¿Qué opinas tú de todo esto?

—Que después que nos deshagamos de Sol, debemos hacer algo para que no salgan vivos, si es que sobreviven, ese par de vanidosos.

—En eso estoy pensando hace rato. Creo que lo mejor será tener un espía nuestro por las cercanías y, cuando llegue el momento del rescate, caer sobre los que queden y cobrarle nosotros solos.

—No está mal. Para eso podemos acercar nuestros hombres al Gran Cañón. En medio día podían caer sobre esos sapos y liquidarlos. ¿Te parece bien?

—Sí. Te encargarás de preparar todo, y cuando llegue el momento oportuno, daremos el gran golpe.

No se habló más, y cada cual, por lugar distinto, se dirigió a su guarida a informar a sus hombres de lo acordado y a preparar con su ayuda la traición que, en momento determinado, les había de poner enfrente a unos contra otros, cuando en realidad lo pactado era lo contrario.

«El Flaco», apenas llegó a su refugio, reunió a sus hombres y, tras darles cuenta de sus planes, les organizó para proceder, a asaltar el rancho y raptar a Magde.

Capítulo II

«EL VENGADOR» ACEPTA UN RETO



OR aquellos días se hallaba muy concurrido el rancho de Wilson Climpson, en Módena.

Magde celebraba su cumpleaños, y Wilson había invitado a pasar el día a unos amigos rancheros de las cercanías, los cuales habían acudido con sus familias a celebrad la fiesta y a colmar de regalos a la festejada.

Entre los concurrentes al acto se encontraba Margaret Linson, sobrina de uno de los rancheros, la cual se había hecho muy amiga de Magde, a la que solía visitar con frecuencia, ya que los ranchos se encontraban a muy corta distancia.

El día pasó alegremente, y cuando a última hora los invitados decidieron retirarse, Magde suplicó al tío de Margaret que dejase a la joven allí, donde pasaría la noche, y al siguiente día las dos regresarían al rancho de Lowe, a devolverle la muchacha.

El ranchero no tuvo inconveniente en ello, y las dos muchachas se quedaron pasando la velada hasta una hora muy avanzada de la noche.

Serían las doce cuando Wilson les aconsejó que debían retirarse a descansar. Ambas habían estado charlando de sus intimidades y la conversación había recaído en Sol y en su ausencia, la cual no se debía prolongar mucho, según opinaba la joven.

Esta decidió ceder su estancia, a Margaret y la acompañó hasta el dormitorio, retirándose más tarde a otro situado en el ala contraria de la galería.

El rancho se cerraba por medio de una cerca que dejaba dentro totalmente el edificio; pero en su parte posterior dicha cerca se pegaba a unos cobertizos adosados al resto del edificio.

Estaba la noche muy avanzada cuando media docena de jinetes, que habían permanecido ocultos en el bosque vecino, avanzaron en silencio hasta la cerca y, con decisión, la escalaron por la parte de atrás, ganando los tejados de los cobertizos hasta situarse debajo de

una ventana a medio metro de uno de ellos.

La noche plena de verano se mostraba calurosa y la ventana aparecía entreabierta, no mostrando obstáculo alguno para ser alcanzada.

Dos de los jinetes que se habían situado debajo de ella se dispusieron a alcanzarla, y uno de ellos —Horton, el segundo de «el Flaco»— preguntó en voz baja:

—¿No se equivoca usted, jefe? ¿Es ésta la ventana de su dormitorio?

—Sí. La he visto muchas veces asomada a ella cuando crucé a caballo por aquí.

—Bien, voy a subir. Espero cogerla en lo mejor del sueño.

—Por si acaso, espera dentro a que yo suba. Toma la manta para liarla con ella antes de que pueda dar un grito.

Horton ganó el alféizar, penetrando en la estancia como un silencioso gato y, envarado, contempló el lecho donde una figura femenina dormía plácidamente.

Poco después Lank penetraba tras él, tan silencioso como su segundo había penetrado, y ambos, astutamente, se acercaron al lecho con la manta desplegada.

De súbito, Horton se arrojó sobre la durmiente, cubriendo su rostro con la pesada manta. La joven, sorprendida en su sueño, se revolvió furiosa tratando de librarse de aquella horrible mordaza, pero entre ambos forajidos la cubrieron tupidamente, imposibilitando sus movimientos.

Horton extrajo de sus bolsillos unos manojos de cuerdas, atando a la muchacha como a un fardo y, con ella, se dirigieron a la ventana, saltando al tejadillo.

Al otro lado de la cerca, arma al brazo, esperaban sus compañeros, y «el Flaco», por medio de otras cuerdas, hizo descender el cuerpo de la cautiva, entregándosela a sus compañeros.

Se disponían a marchar cuando Lank, deteniendo a su segundo, advirtió:

—Espera un poco, aún me falta algo.

Penetró en la habitación y colocó sobre la cama un papel que llevaba escrito; luego salió al tejadillo y se dejó escurrir al otro lado de la cerca, uniéndose a sus hombres.

—En marcha, dijo.

El pelotón avanzó en silencio ganando el bosque próximo, y como Horton advirtiera que la muchacha podía asfixiarse con la horrible presión de la manta, mandó aflojarla, descubriendo su

cabeza.

El rostro medio congestionado y horriblemente pálido de Margaret, apareció por un lado de la manta, y Lank, amenazándola con su terrible revólver, advirtió:

—Señorita Magde Climpson: si da usted el más ligero grito le pego dos tiros. La hemos raptado a usted, pero le prometo que nada le ha de suceder. Usted nos servirá de cebo para atraer a su precioso novio, Sol King, con el que queremos conversar largamente a tiros, y en cuanto aparezca y discutamos este asunto será usted devuelta a los suyos... si es que están dispuestos a pagar el rescate que les pediremos.

Margaret iba a abrir la boca para sacarles del error que habían sufrido, pero se contuvo. Aquellos bárbaros eran capaces de volver en busca de su amiga y estaba decidida a dejarles en el engaño, de momento. Más tarde aclararía la situación, y cuando se diesen cuenta del equivoco tendrían que soltarla y su plan se vería frustrado.

Más tranquila, asintió con la cabeza, y Lank exclamó:

—Veo que es usted una buena chica y le felicito por su sentido común. Entre la vida de su novio y la de usted, la elección no es dudosa.

Y a todo galope, ya libres de denunciar su presencia, emprendieron el camino de su guarida, para después dirigirse al lugar de la cita y depositar a la muchacha en manos de sus compañeros.

* * *

A la mañana siguiente Magde madrugó como de ordinario, y al observar que su amiga aún no se había levantado, creyó que el sueño le había vencido más de la cuenta y decidió dejarla dormir hasta la hora del desayuno.

Pero como llegara ésta y Margaret no hiciera acto de presencia, decidió despertarla, para lo cual se dirigió resueltamente a su dormitorio.

Cuando empujó la puerta lanzó un grito de angustia que llegó hasta el despacho de su tío, alarmándole grandemente. La habitación se hallaba vacía, el lecho en desorden y Margaret no aparecía por parte alguna.

Magde, terriblemente alarmada, se acercó al lecho para examinarlo, y súbitamente dio un grito, tomando un papel que halló sobre las ropas del lecho y que leyó con avidez y emoción.

Escrito con letra grosera y muchas faltas de ortografía, el papel decía lo siguiente:

> «Nos llevamos a la señorita Magde a un lugar donde es inútil que la busquen, pues no la encontrarán.
>
> »Nos hace falta como cebo para cazar al fanfarrón de su novio, que nos estorba en nuestro camino. Cuando hayamos dado fin de él, si es tan valiente que se decide a venir a buscarla donde le indiquemos, les será devuelta sana y salva, pero para compensar la molestia y el gasto que nos proporcione deberán abonar cincuenta mil dólares que deben ir reuniendo.
>
> Si se negaran a entregar dicha cantidad cuenten que jamás volverán a verla a su lado.
>
> Bob Lank y Compañía.»

Wilson lanzó un terrible juramento y Magde, pálida como un cadáver, murmuró:

—¡Tío… tío… por Dios, hay que hacer algo!

—¿Qué podemos hacer, pequeña? Desplazaré a mis hombres para que busquen el rastro de esos miserables y les persigan, pero presumo que será inútil. «El Flaco» conoce la región como nadie y se habrá, escondido de forma que no podamos dar con él. Por otra parte, parece que tiene una cuadrilla muy numerosa. Expondremos la vida de nuestros hombres sin resultado.

—Pero, ¿qué vamos a decir a su tío?

—¿Qué quieres que le digamos? ¡La verdad!

—¿Y va a pagar él las culpas nuestras?

—¿Es una culpa que tu novio sea un perseguidor afortunado de gente sin ley ni orden?

Magde se llevó las manos al corazón al oír nombrar a Sol. Comprendía el plan astuto de «el Flaco» y estaba segura de que, noblemente, arriesgaría su vida por intentar salvarla creyéndola en manos de semejantes forajidos.

—¡Oh, no! Hay que buscarle y evitar que caiga en esa horrible trampa. ¡Si muere, me moriré yo con él!

—¿Dónde encontrarle, Magde? Hace algún tiempo que hemos perdido su pista. Andará Dios sabe dónde, aunque quizá esos monstruos lo sepan.

—Pero yo no puedo permitir que…

Se detuvo angustiada sin terminar la frase. Se sentía altamente egoísta al pretender que Sol rehuyese el encuentro con los forajidos,

olvidándose que la infeliz Margaret estaba sufriendo en su puesto.

Wilson tuvo unas frases, que quiso que fuesen de consuelo para ella:

—Espero que se deshaga el equívoco y se den cuenta de que Margaret no eres tú. Cuando sepan su fracaso, la soltarán; pero lo que hay que evitar es que reincidan y pretendan raptarte a ti, cueste lo que cueste.

Magde se irguió. Había tomado una resolución y no quería ceder en ella.

—Bien, tío: haz que tus peones y los del rancho del tío de Margaret salgan a dar una batida. Quizá tengan suerte si se mueven rápidos... En cuanto a mí, me voy.

—¿Dónde chiquilla?

—Al rancho de mi padre.

—¿Estás loca, muchacha? ¿Para que te cacen en el camino?

—No. Cuando se den cuenta y quieran repetir el golpe será tarde para ellos. Aquí corro peligro, y si sueltan a mi amiga, tengo que evitar que se dediquen a mí.

—Bien, pero espera a que regresen los peones. Ellos te acompañarán a Pine.

Magde se calló, y su tío se dispuso a reunir al personal del rancho y mandó un aviso urgente a su amigo Lowe, dándole cuenta de lo sucedido y pidiéndole que enviase sus hombres para iniciar la persecución.

Dos horas más tarde, Lowe, con sus *cowboys*, entraba en el rancho. Aparecía desolado y estaba dispuesto a registrar la región hasta encontrar a su sobrina.

Wilson se unió a él y los dos equipos partieron a seguir el rastro. Magde les vio partir desde su ventana y cuando desaparecieron en el valle bajó a los cobertizos y preparó su caballo.

Se disponía a montar cuando el cocinero le cerró el paso, advirtiéndola:

—No puede usted marcharse hasta que regrese su tío, señorita Magde. Me ha dado la orden de...

Ella, animosa, le echó el caballo encima, casi atropellándole, y aprovechando que la puerta de la cerca no estaba cerrada, pasó por el vano como una exhalación, y cuando el cocinero pretendió oponerse de nuevo sólo era un punto que se perdía velozmente en el horizonte.

El pobre hombre suspiró comentando:

—Dios de Dios, si esa mujer hubiera nacido hombre...

Y se volvió a su cocina mascullando maldiciones.

* * *

Sol King, después de sus hazañas en Sierra Blanca, había seguido el curso de río Grande hasta Socorro, donde, desviándose a la izquierda, dejó atrás Nuevo México, cruzando la frontera de Arizona por la orilla del Pequeño Colorado, con la intención de bordear el desierto Amarillo y penetrar en Utah por el Sur.

Le acuciaba el deseo de acercarse de nuevo al lugar donde el corazón le inclinaba. No sabía aún si decidiría posar en Pine Walley o si seguiría hasta Nevada, donde había algo que reclamaba su atención, que era Ben Hard «el Cruel», primero de los tres forajidos que había decidido eliminar, por considerarle el más peligroso.

Había atravesado el curso del Ocla, ya en territorio de Arizona, cuando al descender por un estrecho cañón a un amplio valle llamó su atención un papel que flotaba al viento clavado sobre un árbol, y al acercarse y echarle un vistazo sufrió el dolor más cruel y alucinante que había sufrido en su vida.

El pasquín estaba destinado a él y decía:

> Si es cierto que tienes tantos deseos de enfrentarte con nosotros, vamos a darle la oportunidad. En Kaibab, cerca de las reservas indias, tenemos secuestrada a tu amada Magde. Si eres tan bravo que te decides a rescatarla, te esperamos con verdadero gusto. Tus fieros enemigos,
>
> Hard, Slow y Lank.

Sol, al leer el pasquín, quedó pegado al árbol como si le hubiesen abatido contra él. De todos los golpes rudos y certeros que podían haberle aplicado para acabar con él, ninguno como el de atreverse a poner sus pecadoras y groseras manos sobre el objeto que lo constituía todo en la tierra para su futuro.

Durante algunos minutos quedó tenso, como si fuese incapaz de darse cuenta de cuanto sucedía a su alrededor. Ni la belleza del valle, ni lo límpido del cielo, ni la alegría de los pájaros podían vencer su estupor, y así, sintiendo que el corazón le golpeaba furioso hasta pretender saltar en su pecho, dejó pasar varios minutos con un rojo velo cubriendo sus ojos.

Pero, de súbito, reaccionó. Aquel pasquín no podia ser una broma; no lo era, sino una realidad trágica. Aquellos tres miserables, señalados por él en nombre de la justicia, no se avenían

a caer bajo su plomo sin morder, como las cobras, para inocular el veneno que llevaban en la sangre, y les creía capaces de haber dado al olvido sus diferencias para ponerse de acuerdo en aquel punto vital y poder deshacerse mejor de él, aunque luego dirimiesen sus diferencias a tiros.

¡Magde en poder de tales monstruos! Al solo pensamiento, toda su sangre ardía como pólvora inflamada y se decía que estaba ya tardando en correr al lugar de la cita a enfrentarse con semejantes rufianes y eliminarles, o morir en tan noble empresa.

Rabioso, y con el cutis verde a causa de la ira, montó de nuevo sobre «Stard» y, lanzándole al galope, tomó la dirección Norte, para correr hacia el lugar de tan trágica cita.

Por el camino, en medio de la horrible tormenta de dudas y temores que abrasaban su cerebro, una luz de raciocinio y prudencia empezaba a lucir y la voz de la razón, aquella voz que en muchas ocasiones le había servido de consejera, le advertía que, sin renunciar a su empresa, debía meditar mucho lo que hacía, si en verdad estaba dispuesto a realizar las mayores heroicidades para salvar a su amada.

Así, Sol empezó a darse consejos en voz baja, diciéndose:

—¡Basta, Sol; con entregarte al dolor y a la desesperación no ganarás nada! Hay algo que ya no puedes evitar y es el rapto; pero hay algo que, si lo quieres realizar con fruto y no suicidamente, tienes que meditarlo. Tus enemigos te citan en un lugar determinado; ¿para qué? Para tenderte una emboscada. Ellos lo conocen bien, saben las entradas a la trampa y las tendrán tomadas para deshacerse de ti limpiamente. Se han juntado contra ti no tres coyotes, sino tres cuadrillas. ¿Cuántos hombres en total? Más de tres docenas. Hace falta mucho valor y mucha prudencia para burlarles e intentar deshacerse de ellos. Por otra parte, si se ven en peligro, pueden intentar deshacerse de Magde en represalia. Tienes, pues, que burlarles, eliminarles y obrar con prudencia para evitar que tu amada sea una víctima de su fracaso, y todo esto no se logra con ataques irreflexivos y con vehemencia, sino con calma, astucia, valor sereno y prudencia. Tú también conoces aquellos lugares, no muy bien, pero los conoces. Tienes que penetrar en ellos, no por los pasos naturales donde te esperarán emboscados, sino por sitios por donde ellos no sospechen que puedes entrar. Imitarás a las águilas, a las cabras monteses, a los lagartos; pero escalarás las cumbres de los montes y caerás sobre ellos como los cuervos sobre su presa.

Estas ideas animaban a Sol a no cometer imprudencias, y cuando al fin tuvo que aceptar con resignación el que Magde se hallase en

poder de aquellos buitres, su cerebro sólo trabajó para salvarla con las mejores posibilidades de éxito y, al tiempo, salvar su vida, tan preciosa, para conseguir la libertad de ella.

Durante varios días galopó frenéticamente camino de la guarida de los forajidos, un ansia infinita de llegar cuanto antes le acuciaba y apenas si se detenía para dar descanso a su caballo y tomarse él el más necesario.

Por fin, un atardecer, después de bordear el Marble Cañón y cruzar el río Navajo, vadeó el Colorado junto a la frontera de Utah y penetró en la meseta que le acercaba al macizo montañoso a cuyo lado contrario se asentaba Kaibab y las reservas indias.

Sol respiró satisfecho. Se hallaba a pocas millas del lugar donde le acechaba la traición y la muerte; pero también donde Magde gemía en el cautiverio con el pensamiento y la esperanza puesta en él.

Sol, dominando la impaciencia que le consumía, quiso trazarse un plan antes de proceder a meterse en aquella madriguera de chacales. Tenía que estudiar y recordar aquella parte de la región para buscar los pasos más inverosímiles y poder alcanzar las cimas de las montañas en cuyo seno se refugiaban sus enemigos.

Después de mucho meditarlo, tomó una resolución. No era ni buena ni mala, pero tendía a despistar a sus enemigos, tratando de obligarles a extremar su vigilancia por un sitio determinado, mientras él podía maniobrar más libremente por otro.

Penetraría en Kaibab, se daría a conocer haciendo correr las voces de su presencia en la localidad y en tanto que sus enemigos le buscaban por los alrededores, cruzaría la frontera a uña de caballo, daría la vuelta, vadearía en Virgin y caería en las montañas por el Oeste, cuando sus enemigos le buscaran por el Este.

Decidido a emplear esta argucia, esperó a que fuese noche cerrada para penetrar en el poblado, y cuando las luces de petróleo flameaban en las tabernas y garitos hizo su entrada silenciosa en Kaibab.

Requisó los establecimientos que iba encontrando al paso y cuando llegó a uno que le pareció el más frecuentado, a juzgar por el barullo que salía de su interior, se detuvo; dejó el caballo sin trabar a la puerta del establecimiento y empuñando las pistolas abrió la puerta de un sonoro puntapié, quedando erguido en el vano.

Aquella amenazadora aparición sembró la alarma entre la clientela. Todos se pusieron en pie rápidamente y alguno hizo intención de llevar la mano a la funda del revólver, pero «el

Vengador», con voz incisiva, advirtió:

—Al primero que haga el menor gesto le coso a tiros… No tengan miedo, que no vengo contra nadie en particular. Me llamo Sol King, alguien me conoce por el nombre de «el Vengador», y estoy aquí porque tres ratas sarnosas, a quienes he jurado clavar a tiros en la tierra, me han retado a que venga. Si hay aquí alguien que pertenezca a las bandas de Hard, Slow o Lank que desenfunde el revólver todo lo rápido que pueda, si le doy tiempo a hacerlo.

Un silencio sepulcral reinó en la taberna durante varios segundos. El nombre de «el Vengador» era harto conocido en la región para no saber lo expuesto que era enfrentarse con él si no era en caso de vida o muerte.

Mas, de súbito, tres manos bajaron rapidísimas a las pistoleras y tres revólveres intentaron salir de ella. Pero antes de que aquello fuese posible, Sol, que no perdía de vista los posibles movimientos, de todos, hizo tronar sus revólveres y los tres que habían osado llevar a cabo tal maniobra, cayeron al suelo soltando las armas a medio desenfundar.

Sol miró desafiante a todos e insistió:

—Bien, ¿no hay nadie más que pertenezca a esas asquerosas bandas de chacales?… En ese caso, me retiro; pero hagan saber que estoy aquí y que volveré hasta dar fin de toda la manada.

Retrocedió de espaldas en evitación de una agresión inopinada y saltando raudamente al caballo emprendió un trote frenético.

Con la cabeza vuelta, registraba la calle por si alguien le seguía. En las sombras, le pareció que un jinete, desdibujado por la escasez de luz, le seguía; pero pronto le dejó atrás sin molestia alguna, pues nadie osó disparar contra él.

Sol galopaba gozoso. La primera parte de su plan había salido estupendamente. Tres miembros de las bandas, para empezar, estaban fuera de combate y confiaba en que la suerte le ayudase a seguir eliminando indeseables con la menor exposición por su parte.

Ahora solamente le interesaba caminar a marchas forzadas. Dejar sembrada la sensación de que se escondía por aquellos alrededores para distraer hacia aquella parte el mayor número de enemigos y caer sobre el resto por la espalda en un ataque audaz y bien estudiado.

Sol galopó toda la noche sin descanso. «Stard» sabía responder maravillosamente cuando necesitaba de su esfuerzo, y así, al rayar el día, se hallaba al otro lado de la divisoria, dispuesto a penetrar por el lado contrario y alcanzar, las montañas precisamente por donde menos podían esperarle.

Durante su trote nocturno, detuvo el caballo varias veces para escuchar. Su intuición parecía decirle que alguien, a distancia, seguía sus huellas, y aunque galopó dominado por esta sensación de peligro no pudo comprobar que en realidad existiese.

Su huida había sido tan rápida y espectacular que estaba seguro de no haber dado margen a ningún posible enemigo a seguir sus huellas.

Ya de día, se detuvo para buscar un refugio donde descansar unas horas, y cuando al cuidarse del caballo quiso secarle el sudor sufrió la gran sorpresa al observar que debajo de la silla, sobresaliendo un poco de ella, había un papel.

Lo tomó con asombro, y este asombro fue mucho mayor al leer lo escrito, que decía así:

> SOL:
>
> Si se te ocurre penetrar por el «Paso del Indio» encontrarás dos forajidos guardándolo. Si lo intentas por el Cañón de las Águilas tropezarás con otros dos emboscados en las alturas, y aún hallarás otros dos guardianes en el Desfiladero de las Zarzas.
>
> El Jinete Fantasma.

Capítulo III

PANICO EN EL CAÑON DEL INDIO



OL quedó perplejo y azorado al leer el aviso. Había casi olvidado a aquel ser misterioso e impalpable que en varias ocasiones había sido su ángel guardián y al que le debía la vida, y ahora, cuando menos lo esperaba, volvía a salir a su paso, ayudándole en una empresa como aquélla, en la que hacía falta coraje y audacia para comprometerse a llevarla a cabo.

No supo si lamentarlo o alegrarse de ello. Ignoraba cómo estaba al tanto de sus asuntos y cómo había podido llegar a enterarse de sus decisiones llevadas a cabo con el mayor sigilo, y se preguntaba quién sería aquel ser fantástico que parecía puesto por la Providencia en su camino para ayudarle a no fracasar en sus empresas más peligrosas.

Si inverosímil le parecía esto, más inverosímil le parecía la posibilidad de que le hubiese podido dejar aquel aviso en la silla del caballo del que no se había separado más que durante los breves momentos que tardó en penetrar en la taberna y despachar a los secuaces de sus enemigos.

Ahora se explicaba haber creído observar que alguien le siguió a la salida del poblado y aun durante la rápida galopada de aquella noche y estuvo tentado de dedicarse a su busca por aquellos alrededores, aunque estaba seguro de que sólo lograría alejarle de su lado. Ya había experimentado la aversión que el «jinete misterioso» sentía por darse a conocer, y una voz interior le advertía que debía respetar su deseo, aunque hubiese dado algunos años de su vida por saber quién era.

En medio de su orgullo de pretender llevar a cabo sus planes por propio esfuerzo, sentía honda gratitud hacia el jinete. Se preocupaba de él, le daba facilidades para su misión, le cubría las espaldas en determinadas ocasiones, y ahora, en el empeño más grande de su vida, le salía al paso como un pequeño faro indicándole un camino peligroso para que se apartase de él.

Sol ponderó el aviso y concibió un cambio de plan. Si en cada uno de aquellos pasos le esperaban solamente dos rufianes, ¿por qué no seguir despistándoles con un ataque a tales posiciones? Con ello podía mermar las bandas en otra media docena de indeseables y echar hacia aquel lado el peso de la vigilancia para poder seguir después su primitivo proyecto de caerles por la espalda.

Decidido a seguir este nuevo plan, buscó un lugar donde refugiarse para dormir, y cuando ya el sol se batía en derrota, despertó.

Se preparó una frugal comida, bebió agua de un arroyo cercano y desandando parte del camino ganado bordeó los macizos montañosos, buscando los pasos aludidos.

El llamado Paso del Indio le era conocido interiormente. Lo había cruzado una vez persiguiendo a un pistolero de Arizona y estaba seguro de no extraviarse en él ni dejarse sorprender al cruzarlo.

Cuando llegó cerca del peligroso lugar buscó un sitio donde esconder a «Stard» para que no fuese descubierto, y tranquilo por el caballo se dirigió al Paso del Indio.

Para llegar a él tenía necesidad de dejar atrás una serie de barrancas y depresiones que se iban cerrando de modo natural hasta convertirse en altos taludes, no dejando entre ellos más que una estrecha fisura que constituía el famoso Paso para ganar el interior montañoso.

Con la maestría de un gato montés, buscando la sombra de los peñascales para no denunciarse, fue traspasando toda la muralla roqueña, hasta que llegó un momento en que se vio obligado a detenerse antes de seguir adelante.

Los taludes se erguían proyectando una prolongada sombra que la luz de la luna no podía borrar y entre ellos la boca negra del paso se le mostraba como la entrada a una misteriosa caverna.

Sol se pegó al suelo como un lagarto, empuñó el revólver y arrastrándose pegado a uno de los taludes empezó a avanzar despacio y sigilosamente.

Ignoraba dónde podían estar emboscados sus enemigos y temía tropezar con alguno cuando menos lo esperase.

De vez en vez se detenía y escuchaba profundamente sin captar el más leve ruido y entonces reanudaba su avance, para repetir la operación unos metros más adelante.

En una de aquellas prudentes y sabias paradas creyó percibir el susurro de unas voces y aguzó el oído para cerciorarse.

El corazón le latió con violencia al comprobar que no se había

engañado. Alguien, a un buen número de metros de él, conversaba, y avanzando más hasta ganar un saliente del talud que le ocultaba se detuvo a escuchar.

Ahora no sólo percibía claramente trozos de una conversación, sino que alcanzaba a distinguir el resplandor de una pipa que alguien fumaba dentro de la zona oscura.

Hasta él llegó una voz ruda y ronca que decía:

—¿Qué diablos te sucede, Jim, es que te duermes?

—Sí, Peter. Esto tan callado y tan sombrío me produce sueño. ¿Y a ti?

—También. Hemos dormido poco la noche pasada.

—¿No te parece que mientras uno vigila el otro podía dormir un rato? Aún no hay la más leve noticia de ese chacal que se come los hombres crudos y creo que aún vamos a pasar las noches en vela de modo abundante antes que dé señales de vida.

—Bueno. Aún faltan lo menos cinco horas para que venga el relevo. Si lo deseas, duerme un par de horas y yo haré la guardia. Ya te despertaré.

—Gracias, Peter. Confieso que he bebido un poco y el ron me ha mareado.

—¡Pues duerme hasta que revientes, condenado borracho!

La conversación cesó y Sol captó el roce de las espuelas del otro forajido que, acuciado sin duda por el frío de la noche, se paseaba a lo largo del paso.

El resplandor de su pipa se acercaba y se alejaba rítmicamente, y Sol contó cantidades repitiéndolas varias veces para calcular el tiempo que transcurría desde que perdía de vista el resplandor de la pipa hasta que volvía a captarlo.

Contó hasta ciento veinte por tres veces, con la variante de tres cifras, y por ello calculó que al llegar al número sesenta era cuando el bandido daba la vuelta en su viaje de retorno.

Así calculó que, si debía intentar alguna maniobra audaz para deshacerse del durmiente sin ser descubierto de modo prematuro, tenía que ponerlo en práctica entre el cuarenta y cinco y el sesenta de una cuenta rítmica.

Eran unos treinta segundos, poco más o menos, los que podía aprovechar, y estaba decidido a intentarlo, pues una vez eliminado uno de ellos, el otro no le causaba miedo alguno.

Esperó con calma hasta que poco más tarde captó los ronquidos del durmiente, y entonces, envarándose, guardó el revólver, requirió su agudo cuchillo y se arrastró aún más, procurando no salirse de la zona sombría para no ser descubierto.

Llegó un momento en que se sintió casi encima del durmiente. Le distinguía con vaguedad sentado en una manta, con la cabeza apoyada en la piedra casi verticalmente y, no muy lejos, distinguía la alta y fornida silueta del otro forajido paseando monótonamente.

Al avanzar tropezó con un regular canto que por muy poco no proyectó fuera de su círculo. Sol masculló una maldición e iba a apartar la piedra, pero una inspiración súbita le acometió y, dejándola a su lado, esperó a que el vigilante diese la vuelta y se alejase.

Lentamente fue contando: uno… dos… tres… cuatro… hasta cuarenta y cinco. Al llegar a esta cifra se irguió súbitamente, avanzó decidido, se colocó frente al durmiente y clavándole la mano izquierda en la garganta para ahogar cualquier grito, le hundió sin piedad el cuchillo en el corazón.

El forajido sólo tuvo tiempo de hacer un estremecimiento trágico y a debatirse durante brevísimos segundos en las manos de Sol. Luego quedó rígido y casi en la misma postura que tenía al ser sorprendido.

Sol, con gran sangre fría, había estado contando rítmicamente. Veintiséis segundos le habían bastado para llevar a término su plan y, retrocediendo con el mismo sigilo que había avanzado, volvió a sumirse en el cono de sombras de donde había surgido.

Inmediatamente, tomó la aguda piedra, la aferró con su mano derecha, empuñó el revólver con la izquierda y esperó envarado.

El vigilante volvía. Su pipa arrojaba el débil fulgor del tabaco encendido al ser aspirado y, por fin, llegó al límite que parecía haberse marcado como término de su paseo de regreso.

Antes de que diera la vuelta, Sol midió bien la distancia, levantó el brazo y con la firme puntería que poseía arrojó la piedra con enorme violencia.

El proyectil siguió la trayectoria deseada, alcanzando en pleno rostro al bandido. Este lanzó un ¡oh! angustioso y vaciló, llevando mecánicamente su mano a la cintura en busca del revólver; pero, desfondado como un saco vacío, se desplomó sobre el duro piso, donde quedó encogido como un pelele.

Sol, sonriendo satisfecho, abandonó su refugio y avanzó, reconociendo al caído. Este no había muerto, pero se hallaba privado de conocimiento.

El hecho contrarió a «el Vengador». Hubiese deseado atontarlo únicamente para someterle después a un duro interrogatorio que le orientase; mas ya no podía ser. Ahora solamente le cabía decidir cuál era la actitud a tomar.

Sabía que no tenía prisa. Hasta el amanecer no serían relevados los dos forajidos y podía disponer de más de cuatro horas tranquilamente.

Pero convenía tomar una rápida resolución ante posibles e imprevistas contingencias y, sin pérdida de tiempo, se trazó un nuevo plan.

Ansiosamente recorrió el paso hasta salir de él y abarcar el panorama todo cuanto la luz de la luna se lo permitía y, después del examen, su plan había sufrido una sensible transformación.

Si su finalidad era penetrar en las entrañas del monte debía aprovechar aquella coyuntura para no salir. Claro era que el lugar elegido resultaba peligroso; pero Sol había descubierto ciertas cosas que podían favorecerle.

Sin pérdida de tiempo, arrastró el cuerpo del magullado bandido y lo sacó del paso. Fuera había descubierto cierta cantidad de añosos árboles que podían servirle muy bien para lo que intentaba.

Extrajo de su bolsillo una recia cuerda, de las que siempre llevaba provisión, la pasó por el cuello del bandido con un nudo corredizo, lo irguió, apoyándole contra un árbol y pasando el cabo por una gruesa rama, lo izó, dejándole colgado.

El forajido pasó a mejor vida sin darse cuenta del tránsito, y cuando Sol estuvo seguro de que no constituiría peligro para él, sacó un papel en el que escribió unas frases, y lo dejó prendido en el pecho del ahorcado.

Luego, a toda prisa, volvió sobre sus pasos hasta el lugar donde había dejado el caballo; lo adentró más en un pequeño bosque bien cuajado de hierba y tomando del saco de las provisiones dos recios lazos de cuero, varias cuerdas más y su provisión de municiones, regresó al Paso del Indio, cruzándole hasta salir a unas depresiones que se iban ensanchando más adelante.

No le interesaba, de momento, seguir montaña adentro. Sabía que sería buscado por aquellos alrededores ante el temor de que se hallase escondido por allí; pero quería precisamente engañarles con la verdad ocultándose a sus ojos sin salir de la montaña.

En el talud de la derecha había descubierto una aguja de roca sobresaliendo a una altura de tres metros y pretendía escalarla para, desde allí, trepar por las oquedades del terreno y situarse en un lugar dominante que no pudiese ser registrado por considerarle imposible de escalar.

Se ató el saco a la espalda, se ciñó un lazo a la cintura y volteó el otro hasta conseguir enlazar la aguja rocosa.

Cuando lo consiguió, se aferró al tirante lazo y apoyando los pies

en la roca para ayudarse fue gateando por el cuero del lazo hasta que, en un supremo esfuerzo, alcanzó el saliente.

Tras ímprobos esfuerzos logró abrazarse al saliente y desbordarlo, subiendo a él. Se hallaba jadeante y sudoroso, pero satisfecho de su audacia.

Desató el lazo y examinó el talud. Este se erguía casi vertical; pero cerca de la aguja formaba una estrecha repisa que se corría a la derecha, y pegando el cuerpo al talud y cuidando de afianzar el pie en el estrecho paso se corrió varios metros hasta descubrir un vano en la piedra.

El vano poseía una profundidad de un par de metros. No necesitaba más para poder ocultarse y estaba seguro de que nadie sospecharía que podía haber buscado aquel extraño refugio digno de un ave de rapiña.

Acomodó sus provisiones en el agujero, repasó el revólver para convencerse de que funcionaría bien y se dispuso a esperar con paciencia a que amaneciese, para recrearse en el trágico efecto que produciría en sus enemigos el descubrimiento de los cadáveres de sus dos secuaces.

Apenas si quería apuntar la aurora derramando una tenue claridad por el Paso del Indio, cuando el agudo oído de Sol captó una voz queda y apagada que musitaba;

—Jim... Peter... ¿Dónde estáis? Soy yo... Charles... ¡Por favor, ayudarme, vengo muy mal herido!

El que hablaba se iba aproximando sin dejar de llamar.

Pasó un momento en que nada se oyó hasta que, de súbito, un grito ronco se escapó de la garganta del herido, el cual, como acometido de un acceso de locura, echó a correr cañón adentro, tambaleándose horriblemente y amenazando con caer a cada paso que adelantaba.

Sol pudo distinguirle un momento, aventurándose a sacar la cabeza, y una sonrisa siniestra iluminó su semblante. Comprendía el pánico del recién llegado al descubrir los cadáveres de sus dos compañeros y las prisas que le habían entrado para huir de aquél tétrico lugar, no sólo en evitación de correr su misma suerte, sino para advertir a sus jefes del macabro descubrimiento.

Y seguro de que no tardando mucho se producirían acontecimientos, se armó de paciencia y esperó.

Capítulo IV

DESORIENTADOS



ARD, Slow y Lank, hallábanse reunidos hacía varios días en su guarida del corazón de los montes Kaibab esperando el resultado de su plan, y ya se iban desesperando de aquella interminable espera, que parecía iba a prolongarse toda la vida.

La inactividad les salía muy cara, pues tenían que mantener a su costa a las cuadrillas y se estaban temiendo que, a pesar de los avisos que habían ido colocando en el camino aprovechando las confidencias recibidas, Sol no se decidiría a acudir a meterse en la trampa.

Días atrás habían sido informados de que Sol era conocedor del reto. Alguien le había sorprendido leyéndole en el corazón de Arizona y era de esperar que, no tardando mucho, diese señales de vida o renunciase a hacerles el juego.

Los tres forajidos mataban el tiempo jugándose el dinero a los naipes y bebiendo sin discreción, y ya habían surgido algunos conatos de riña por causa de aquellos peligrosos pasatiempos.

Aquella noche hallábanse sumidos en una dura jugada de póker, cuando Hard exclamó:

—¡Me juego cien dólares a que «el Vengador» no tiene agallas para aparecer por aquí a jugarse el tipo en este envite!...

Lank, que tenía una fe ciega en su proyecto, exclamó:

—Te acepto la apuesta, Hard. Es más: si tarda una semana en aparecer, tuyos son los cien dólares.

—Bueno — afirmó «el Cruel»—, ¡ésos menos que perderé!

Slow, que se sentía rabioso por ser el que más perdía en la partida, intervino para decir:

—A mí lo que me parece es que, venga o no, vamos a hacer un negocio muy pobre.

—¿Por qué? — preguntó «el Flaco».

—Porque todo el tiempo que estamos aquí sin dar golpe y lo que nos está costando va a subir más que lo que pueda correspondernos en el rescate.

Hard, que era un formidable jugador de ventaja, aprovechó la protesta para decir:

—Si eso te preocupa, te propongo una cosa. Puedo jugarte mi parte a lo que quieras. Si ganas, no podrás quejarte.

«El Torpe», después de dudar un momento, repuso agresivo:

—Tendré que pensarlo muy bien antes y tomar toda clase de garantías. Con las cartas en la mano no me fío de ti ni un pelo.

Hard, ofendido, se levantó furioso, gritando:

—¿Quieres decir que hago trampas?

—Quiero decir que tomaría toda clase de garantías antes de jugar contigo más de diez dólares de una vez… ¿Está esto claro?

Lank presintió que ambos iban a chocar y, por un momento, se regocijó pensando que alguno de ambos podía eliminarse; más pensó las consecuencias y rectificó. Si llegaban a las manos podía enzarzarse una lucha de la que quizá le alcanzasen las salpicaduras y no le convenía.

Se levantó raudo interponiéndose entre ambos y exclamó:

—¡Basta!… No hemos venido aquí a dirimir nuestras querellas, pues no sería noble entre nosotros. Ahora estamos asociados para un negocio y seria indigno aprovecharlo para eliminarnos mutuamente en lugar de reunir nuestras fuerzas para acabar con el enemigo común.

Hard, no satisfecho, rugió:

—¡Al diablo con los negocios! Yo soy un hombre para no aguantar que nadie me llame tramposo, y…

La frase murió en sus labios cortada por otra de angustia que suplicaba:

—¡Hard… por el infierno… ayúdame… me muero y…!

Todos volvieron la cabeza, descubriendo a uno de los hombres de la cuadrilla de «el Cruel», todo cubierto de sangre y arrastrándose ayudado por dos compañeros.

Hard se abalanzó a él, preguntando ansiosamente:

—¡Por cien mil pares de demonios, Willy!… ¿Qué, te ha sucedido?

El herido, casi agotado, exclamó:

—¡«El… Vengador»!…

—¿Cómo? — exclamaron a un tiempo lo tres jefes olvidando sus rencillas para situarse en el momento peligroso.

Willy, señalando con la mano, murmuró:

—¡Allí!… en el Paso del Indio… Bill… muerto de una cuchillada… James… ahorcado de un árbol…

Hard, rabioso, sin compasión para el estado del herido, le

sacudió horriblemente, preguntando:

—¿Qué dices, coyote?... ¿Y tú... y tus compañeros?

—Yo... ellos... estábamos allí... en la taberna de Kaibab... entró uno... con los revólveres en la mano... preguntó si... si había alguien de nuestras cuadrillas... Dijo que era Sol King, «el Vengador», que venía a... a acabar con todos... Sacamos los revólveres... no nos dio tiempo... Lowe y Patrik murieron... yo pude venir y... al entrar en el Paso del Indio vi... vi a uno ahorcado y al otro... muerto de... una cuchillada...

El herido, incapaz de añadir una sílaba más, perdió el conocimiento en brazos de sus compañeros, y los tres jefes se miraron lívidos y descompuestos.

«El Flaco», para quien el dinero era el objeto de su vida, murmuró:

—Me debes cien dólares, Hard... ya has visto...

—¡Al diablo los cien dólares y tú, usurero del demonio! Tienes la vida pendiente de un hilo y no piensas más que en los dólares. ¿Para qué los quieres si «el Vengador» te mete dos onzas de plomo en esa cabeza hueca que tienes?

—Aún no he oído el tronar de su revólver, Hard, por lo tanto...

Sin hacerle caso, «el Cruel» gritó:

—¡A caballo! Tenemos que dar una buena batida por si se ha filtrado ese ser alucinante en nuestros dominios. Hay que cazarle si está dentro de la ratonera.

Los tres jefes, seguidos de un buen número de sus secuaces, requirieron sus caballos, que se hallaban reunidos en una pequeña glorieta cerca de allí, y a galope se lanzaron hacia el Paso del Indio.

El sol empezaba a lucir alumbrando en oro aquel adusto e intrincado paisaje, y la cuadrilla, atravesando los cañones que salían al valle, se lanzaron al galope por él hasta alcanzar la estrecha fisura por donde únicamente se podía penetrar en el valle por aquel lado. Cuando alcanzaron el Paso del Indio se quedaron clavados en el terreno contemplando el trágico espectáculo.

A la luz del sol, que se filtraba hasta el piso, descubrieron el cadáver de Bill recostado sobre el talud, con los ojos desmesuradamente abiertos, el cuerpo un poco inclinado y una enorme mancha de sangre en el pecho. La sangre corría a lo largo del cuerpo formando un extenso charco a su lado.

Hard se acercó y, después de examinarle, afirmó:

—Le han sorprendido durmiendo, ¿no lo creéis así? La postura no es del hombre que cumple su obligación velando con el arma en la mano.

«El Flaco» rechinó los dientes, contestando:

—Hard, si todos tus hombres son así de fieles y listos, ya pueden ahorcarte, que no lo podrás evitar.

El bandido se tragó la indirecta y miró a todos lados.

—¿Y el otro, dónde diablos está?

En el suelo yacía su pipa y unas manchas de sangre, pero el cuerpo no aparecía.

Siguieron adelante hasta la salida de la fisura. Allí, balanceándose en la rama de un roble, pendía el cuerpo del forajido, mientras algunos grajos revoloteaban por encima de él.

Cuando se acercaron le descubrieron con la cara terriblemente magullada de un fiero golpe. Costaba trabajo reconocerle.

—¿También éste estaba dormido?—preguntó Hard.

—Quizá no—contestó «el Torpe»—, pero para el caso...

Al acercarse, Hard descubrió en el pecho del ahorcado el papel que Sol dejara prendido y, al leerlo, lanzó un rugido de ira.

—¡Pronto!—bramó—. Media docena de hombres al Cañón de las Águilas y otra media al Desfiladero de las Zarzas... No sé si llegaremos a tiempo o habrá sucedido allí algo parecido...

Lank y Slow, verdaderamente asustados, se acercaron a él, preguntando ansiosamente:

—¿Qué es lo que dice ese maldito papel, Hard?

—Leer y lo sabréis.

Ambos bandidos echaron un vistazo al escrito. Este decía así:

> «Lo que he hecho con los tres sapos que me esperaban en la taberna de Kaibab y con los dos que vigilaban este paso lo haré con los que tenéis apostados en el Cañón de las Águilas y en el Desfiladero de las Zarzas. Pronto os convenceréis de lo estúpido que es desafiar a:
>
> Sol King, «el Vengador».

«El Torpe», después de un momento de duda, dijo:

—Bien, que vayan, pero dos de cada cuadrilla.

—¿Por qué?—preguntó Hard sorprendido.

—Ya te lo diré después.

—Bueno; por mí que vayan de la cuadrilla del demonio, pero que vayan pronto.

Seis hombres desfilaron hacia el interior del valle, desapareciendo por determinados lugares, y «el Torpe», llamando aparte a sus dos compañeros, preguntó:

—¿No os dice nada esa advertencia?

—¿Qué diablos nos va a decir? —contestó impetuoso «el Cruel».

—Pues a mí sí, y mucho. Ahora estoy más intranquilo que nunca, y no por miedo a Sol, sino a los traidores en nuestras propias filas.

—¿Qué quieres decir?—preguntaron sus compañeros intrigados.

—Sencillamente, que aunque me llamen «el Torpe» no hay quien sea más listo que yo. «El Vengador» acaba de llegar a estos alrededores; apenas si ha tenido tiempo de sacudirse el polvo del viaje y viene a tiro directo a este paso para eliminar sin trabas a los dos vigilantes y además nos deja un aviso advirtiendo que hará lo mismo con los que tenemos apostados en los otros dos pasos. ¿Cómo ha sabido los hombres que teníamos espiándole y los lugares por donde se podia entrar? Nosotros elegimos la guardia en nuestro seno, ha sido cosa íntima y, sin embargo, él, desde fuera, lo ha sabido, y si lo ha sabido es porque entre nosotros hay algún traidor que le ha informado.

Los tres se miraron con recelo. El razonamiento de Slow era contundente y un escalofrío de pánico sacudió sus médulas al ponderar esta posibilidad.

—¡Por el infierno! — rugió Hard—. No se me había ocurrido y, sin embargo... Pero... ¿cómo es posible? Nadie ha salido de aquí…

—¿Cómo que no? ¿Y los tres de tu banda que esperaban en la taberna de Kaibab?

—No iréis a decir que eran traidores, cuando los tres han caído bajo el plomo de ese demonio.

—No; pero han podido hablar más de la cuenta si se han emborrachado y han podido decir muchas cosas que alguien las ha tomado al vuelo para informar a nuestro enemigo. ¡No estoy dispuesto a fiarme de nadie más que de mí mismo de aquí en adelante!

Hard se encontraba furioso y falto de fuerzas para rebatir los razonamientos de su compañero. Tampoco él se hallaba dispuesto a tener la vida pendiente de la charlatanería de ninguno de sus hombres y se prometía hacer las averiguaciones pertinentes al caso.

—No puedo decirte que haya sido así o que no haya sido, pero sí te juro que si alguien ha hablado...

—Ya no tiene remedio, Hard. Dos están muertos, el tercero quizá no salga con vida. Lo que debemos hacer es vigilar nosotros mismos ayudados por quien nos inspire más confianza. Lo demás es jugarnos la vida estúpidamente con un enemigo que no se parece a ningún otro.

—Bien, lo haremos así. Ahora lo principal es averiguar qué ha sucedido en los otros pasos y registrar hasta la última piedra para

averiguar si está aquí dentro.

Se hallaban sumidos en esta discusión cuando un jinete se acercó a ellos galopando furiosamente por el valle. Los tres bandidos se envararon dispuestos a recibir nuevas malas noticias.

—¿Qué ha sucedido?—preguntó Hard a distancia, antes de que el forajido llegase a ellos.

—Nada, jefe—repuso el aludido—. Hace una hora un jinete ha pretendido penetrar por el Cañón de las Águilas. Fue visto y perseguido, pero se escapó. Montaba un caballo negro e iba vestido de negro también. No saben si han conseguido alcanzarle con alguna bala. En cambio, Perry ha recibido un impacto en la cara. Está grave.

Los forajidos respiraron con desahogo. Si el jinete había sido rechazado, no había que intentar buscarle dentro de su guarida. Esto era lo que les preocupaba y no la vida de un hombre más, que había sido baja en sus filas.

Hard, después de consultar con sus compañeros, dijo:

—Que queden aquí seis hombres, dos de cada bando, mientras nosotros estudiamos lo que se debe hacer. Hay que reforzar las entradas ante un nuevo y temerario ataque de ese demonio. Es indigno que hombres de vuestra talla os dejéis producir bajas de esta manera tan idiota.

Los forajidos se retiraron dejando los hombres designados, y Sol, que desde su escondite había captado toda la conversación, se regocijaba del pánico que estaba sembrando en las filas enemigas.

Pero el éxito no era completamente suyo. Una gran parte se lo debía al jinete misterioso. Este, no sólo le había ilustrado sobre el número de enemigos y las entradas que podía escoger, sino que le estaba haciendo el juego al traer en jaque a sus enemigos, desorientándoles.

Indudablemente le había seguido hasta el Paso del Indio, y al observar que se quedaba dentro había iniciado aquel falso ataque a otra de las entradas para despistar a los bandidos y evitar que le buscasen, permitiéndole así moverse con más libertad.

Sol agradeció en el fondo del alma aquella ayuda. Estaban en juego la libertad y la vida de su amada y ningún escrúpulo debía detenerle para conseguir arrancarla de manos de aquellos monstruos.

Capítulo V

LA TRAICIÓN



UERON retirándose a su guarida por grupos y en último término cabalgaban Bob, Lank y su segundo James Horton, pensativos todos ellos.

—¿Qué te parece todo esto? —preguntó el primero en voz baja.

—No sé qué afirmar… O ese hombre es de lo que no hay, o aquí alguien juega sucio.

—Quizá; pero no creo que haya sido Hard. Ten en cuenta que los cuatro que han caído pertenecían a su cuadrilla.

—Ya me he fijado… ¿Acaso sospechas de «el Torpe?»

—Es el que menos me agrada. Hard hace honor a su nombre. Es cruel como una hiena, pero es claro. En seguida deja ver lo que lleva dentro. En cambio, Slow, tan suave y tardo, me inspira menos confianza.

—¿Qué podemos hacer? Estamos todos cogidos por el cuello en cadena.

—Quizá no. Se me ocurre algo, pero yo no podría ponerlo en práctica personalmente.

James sonrió, contestando:

—Bueno, jefe, hable sin rodeos. Ya sé que quiere decir que necesita otro para ejecutarlo y que ese otro sea de confianza.

—Y de pocos nervios, James. La cosa es dura.

—Venga lo que sea.

—Tú has asistido a la disputa entre Hard y Slow. La cosa parece que ha quedado muerta, pero no es así. Hard es de los que guardan las cosas y no las perdonan… Por otra parte, de Slow nunca sabes qué pensar, pero es rencoroso. Quizá con cualquier pretexto surja entre ellos la disputa de nuevo.

—¿Y qué?

—Estaba pensando en… ¡hum…! No sé si podrá ser, pero si pudiera arreglarlo sería una cosa muy bonita para deshacernos de uno de los dos y que las sospechas, si es posible, recaigan en el otro.

—¿De qué forma?

—Pues... Tú figúrate que pudiéramos acordar que uno de ellos, con otro nuestro, vigilase el Paso del Indio, en tanto que yo, por ejemplo, vigilaba el Cañón de las Águilas, y Hard o Slow se quedasen al cuidado de la muchacha.

Podía suceder que tú tuvieses que ir a relevar a Slow o a Hard con otro de los nuestros o adelantándote sin ser visto. Podías cogerle confiado y clavarle un cuchillo por la espalda de forma que no se estremeciese. Se podía achacar su muerte a «el Vengador» o acaso a Slow, si el cuchillo pudiese ser de él.

James meditó un momento y repuso:

—Podía ser, pero queda nuestro hombre de guardia con él.

—¡Ah, sí!, pero... tenemos alguno que si desapareciese de la cuadrilla no sucedería nada. Dick Terjeson, por ejemplo. Tú no le tragas mucho. Una vez muerto nuestro rival podías pedir que te ayudase a hacer desaparecer el cadáver y aprovechar un momento propicio para despacharle. Quizá cien dólares no fuese cosa de despreciar por este trabajo.

El bandido rechinó los dientes afirmando:

—¡Hecho!... Necesito ese dinero.

—Bien, yo veré si puedo arreglarlo, en cuyo caso todo irá bien. Si las cosas cambian, a tu criterio dejo encontrar otra forma de deshacemos de alguno de los dos.

Cuando llegaron a su refugio se celebró una conferencia entre los tres solamente. No querían dar cuenta de sus planes ni a sus segundos, por temor a indiscreciones o traiciones.

Se discutió mucho, y Lank, con suma discreción, llevó el asunto por los cauces siniestros que había ideado.

—Yo creo que, al menos de momento, debemos ser nosotros quienes vigilemos esas entradas hasta saber qué actividades son las que vuelva a emplear nuestro enemigo. Tener en cuenta que creo que nuestros hombres se han impresionado por las bajas que lleva hechas, y un hombre que actúa bajo ese temor está perdido.

—Bien, ¿cuál es tu idea?

—Pues... por ejemplo. Yo, con uno de vuestros hombres, el que vosotros elijáis, hago guardia en cualquiera de las entradas. Hard o tú, Slow, con otro hombre ajeno a vuestra cuadrilla, la hace en otra, y uno de los tres quedará aquí al cuidado de la chica. En la otra entrada se puede poner a un segundo nuestro con varios hombres. Creo que es lo más prudente.

A los forajidos no les pareció mal la idea. La cuestión era decidir quién se quedaba vigilando a Magde.

—No tengo interés en ello—afirmó «el Flaco»—. Mi interés estriba en suprimir a Sol. Decidirlo entre vosotros dos.

Lo echaron a suertes y le tocó quedarse a Hard.

—Bien—comentó Lank—. Mañana turnaremos y nos vamos quedando una vez cada uno.

Se acordó que Slow vigilase el Paso del Indio, que Lank lo hiciese en el Cañón de las Águilas y que el segundo de Hard guardase el tercer paso.

Cuando salieron de la guarida, Lank dijo por lo bajo a su segundo:

—Arreglado. Slow va al Paso del Indio.

James Horton sonrió siniestramente, y mostrándole un agudo cuchillo, comentó:

—De Hard. Lo tenía escondido debajo del petate.

«El Flaco» se restregó las manos con gozo. Sus planes se irían ejecutando, y no tardando mucho, sus enemigos desaparecerían para dejarle a él la totalidad del rescate de la muchacha.

Se dejaron pasar las horas del día. Durante, el período de luz era más arriesgado intentar cualquier ataque y no se corría peligro. Estas horas serían aprovechadas por los tres bandidos para dormir y, por la noche, vigilarían hasta el alba.

Cuando anocheció, los tres se levantaron. Hard, malhumorado, llamó a su segundo:

—¡Clarence! —gritó—. ¿Has visto mi cuchillo?

—No, jefe. Anoche lo tenías en tu cueva.

—Sí, pero... no sé dónde diablos anda. Lo estoy buscando y no doy con él.

—A ver si le perdiste esta mañana con el jaleo que se armó.

—No sé—dijo el bandido perplejo—. Juraría que no lo llevaba. Hay que encontrarle.

Lank sonrió levemente al oír el diálogo. James no se había dormido para ganar los cien dólares prometidos.

Se repartieron los hombres y el peón escogido por «el Flaco» se unió a Slow, marchando con él al Paso del Indio.

Lank, con uno de los peones de Hard, se dirigió al Cañón de las Águilas y «el Cruel» quedó al cuidado de la miserable choza donde la cautiva se hallaba recluida.

James Horton se retiró a un rincón de la glorieta donde tenían instalado el campamento, y varios hombres montaron la guardia por los alrededores.

Las horas transcurrieron monótonas y lentas. El silencio de la noche no era interrumpido más que por el sordo runruneo de una

cascada cercana.

Poco antes de romper el alba los bandidos se hallaban medio dormidos, y James, levantándose en silencio, abandonó su petate de agujas de pino y se deslizó silenciosamente, abandonando el lugar sin ser observado.

Acariciando el arma que llevaba en el bolsillo, se dirigió resueltamente al Paso del Indio. Llevaba pensado lo que debía decir para justificar su presencia y no inspirar sospechas en «el Torpe».

Cuando se aventuró en el paso, envuelto entre sombras, descubrió la silueta de Slow paseando con la pipa encendida. El bandido se envaró al oír pasos cercanos, pero como procedían del interior y James no se recataba en pisar fuerte para denunciar su presencia, se tranquilizó.

«El Torpe» salió al paso de James y, al reconocerle, preguntó:

—¿Qué sucede? ¿Hay algo de particular?

—No, pero Hard no está tranquilo. Ha encontrado algo cerca de la cabaña donde guarda a la prisionera y no sabe si creer que se trata de una broma o de algo más serio.

—¿A qué te refieres?—preguntó el bandido inquieto.

—A este papel. Yo no paso a creer que «el Vengador» pueda haber logrado filtrarse en la montaña.

Sacó del bolsillo un papel que entregó a Slow. Este lo tomó y como no alcanzaba bien a leerlo tuvo que abandonar la protección del talud para buscar un claro donde se proyectaba la luz de la luna.

Desdobló el arrugado papel y empezó a leer con dificultad, pues su instrucción era muy deficiente:

> Querida Magde:
>
> »No te desesperes. Estoy cerca de ti y espero salvarte de las garras de esos monstruos. Confío en que este papel llegue a tus manos y...»

James se había colocado junto a él y parecía leer por encima del hombro del forajido; pero, de súbito, éste lanzó un rugido, dejó caer el papel y trató de llevar las manos a los revólveres, al tiempo que bramaba:

—¡Ah, traidor!... Tú eres...

No pudo decir más. El cuchillo, recientemente clavado en su espalda, le había producido una herida mortal de necesidad, y el forajido, pese a su vitalidad, no pudo repeler la agresión y cayó a tierra muerto.

El compañero de James, asustado, corrió hacia él, gritando:

—¿Qué diablos has hecho, James?

—¡Cállate, idiota! Son órdenes del jefe.



...esgrimió su propio cuchillo...

—Pero, ¿se ha vuelto loco Lank? ¿No comprende que sus hombres nos van a cargar la culpa y...?

—No te metas a opinar, que todo está muy bien estudiado. Ayúdame a trasladar el cuerpo de este mamarracho al lugar

proyectado y no te inquietes, que hemos pensado en todo…

El bandido, perplejo, guardó el revólver y se dispuso a cargar con el ensangrentado cuerpo de «el Torpe»; pero al inclinarse frente a James, éste esgrimió su propio cuchillo y lo dejó caer con fuerza salvaje sobre el cuello de su compañero, clavándoselo en la nuca.

El forajido, descordado como un buey, sólo tuvo tiempo de lanzar un gemido y cayó sobre Slow, quedando casi encima de él.

James sonrió siniestramente. Había cumplido, como bueno, las órdenes de su jefe y sé había ganado a poca costa los cien dólares.

Rápidamente abandonó el Paso del Indio y, como una sombra, se perdió valle adentro para volver a su sitio, donde nadie se había dado cuenta de la tragedia.

Sin embargo, alguien había sido mudo testigo de aquel crimen repugnante. Sol, que seguía preso en su escondite sin encontrar el modo de abandonarlo, había captado toda la escena desde la mella en que se refugiaba y una alegría feroz inundaba su alma. Comprendía que los lobos empezaban a morderse entre sí y confiaba en tal estado de lucha y descomposición interna para beneficiarse y encontrar un aliado en sus propios enemigos.

Cuando vio desaparecer sigilosamente a James comprendió la idea de éste.

Se trataba de despistar al resto de los forajidos sobre el verdadero criminal y dejar que alguien descubriese el crimen al proceded a relevar la guardia.

Tal descubrimiento le alegró. Contaba con un paréntesis de lo menos media hora en que el paso estaría sin vigilancia, y si quería adentrarse en los dominios de aquellos granujas sin ser descubierto tenía que aprovechar aquel pequeño espacio de tiempo para abandonar su refugio e internarse en las montañas.

Sin vacilar, alcanzó la repisa, llegó al saliente que le había servido para ascender a su refugio y, valido del lazo, descendió a tierra.

Rápidamente cruzó el paso, bordeó el valle amparándose en la sombra de los taludes y por unas grietas que descubrió a su derecha se internó, ganando altura.

Necesitaba alejarse todo lo posible de allí ante el temor de una requisa y, sobre todo, necesitaba estudiar el terreno para acercarse a la guarida de los rufianes y descubrir el lugar donde tenían encerrada a Magde.

Se hallaba a buena altura a través de un rosario de pequeñas depresiones que se unían en cadena, cuando en el fondo luminoso del valle descubrió varios jinetes que se acercaban al Paso del Indio

y se detuvo intrigado. Le hubiese agradado estar cerca para saber lo que iba a suceder al descubrir los cadáveres de los dos forajidos, pero debía contentarse con suponerlo.

Pero los gritos, las maldiciones, el movimiento inusitado que se desarrolló en la entrada del paso poco después en el valle, le dieron una idea aproximada del estupor y la sorpresa que el descubrimiento les había producido.

En efecto, cuando empezaba a amanecer, Hard, que había quedado encargado de organizar los relevos, llamó a Ralp y a James y les ordenó:

—Ralp, toma tres hombres y ve a relevar a tu jefe; y tú, James, con otros tres, hazte cargo de la guardia del tuyo.

James se alegró infinito de la designación. Le agradaba más que fuese el propio segundo de «el Torpe» quien descubriese el cadáver de su jefe, mientras él ponía en antecedentes al suyo de lo fácilmente que había llevado a término su plan.

Cuando Ralp penetró en el paso y descubrió a Slow muerto de la cuchillada en la espalda y sobre él el cadáver de Terjeson, creyó que ambos habían reñido; pero pronto se convenció de que aquello no era posible por la forma en que habían sido muertos.

Rabioso, echó un vistazo a Slow, descubriendo entre sus agarrotados dedos el papel que James le había entregado, y después de leerlo su asombro subió de punto. ¿Qué significaba aquel papel y cómo lo tenía Slow entre sus dedos?

Se hallaba examinándole, cuando uno de sus hombres lanzó un terrible juramento.

—¿Qué sucede?—preguntó Ralp alarmado.

—¡El cuchillo! ¿Te has fijado en él?

El forajido volvió los ojos y al fijarlos en el mango del cuchillo emitió un rugido de tigre rabioso.

—¡El cuchillo de Hard!—gritó.

—No cabe duda—afirmó su compañero—. Todos le conocemos bien. Tiene, además, su nombre grabado en el mango.

Reinó un momento de estupor entre los presentes, hasta que uno de, ellos, que pertenecía a la banda de Hard, se adelantó, diciendo:

—No iréis a decir que ha sido mi jefe quien le ha matado. Vosotros le oísteis anoche preguntar por su cuchillo que acababa de echar de menos. Alguien se lo ha robado solamente para perjudicarle.

Ralp, que al faltar Slow se consideraba de hecho el jefe de la banda, se revolvió diciendo con ironía:

—¡Oh, sí, es cierto! Es muy fácil decir que se ha perdido un

cuchillo para, cuando aparece clavado en la espalda de un compañero, cargar a otro las culpas.

El bandido, furioso, llevó la mano al revólver, pero antes de que pudiera desenfundarlo, el arma de Ralp, más veloz, había tronado y el bandido, alcanzado en el pecho, cayó a tierra sin tiempo a disparar.

Ralp, fríamente, se volvió hacia los otros dos que pertenecían a su banda y exclamó:

—Compañeros: Tenemos que vengar la muerte de Slow. A alguien le estorbaba y han aprovechado este momento para deshacerse de él. Vosotros sabéis que ayer discutió con Hard y que la pelea quedó aplazada...

—Es cierto—afirmó otro—. Esto ha sido obra de él o de su cuadrilla. Es un cochino asqueroso y debemos dar fin de él. ¿Quién ha visto a Clarence, el segundo de Hard?

—Yo no lo he visto en toda la noche. No le tocaba de guardia.

—Bien. Yo le haré hablar a tiros. Apostaría la cabeza a que ha obrado por cuenta de su jefe. Es su figura.

Se disponían a regresar al interior para dar cuenta a sus compañeros de lo sucedido, cuando uno de ellos advirtió:

—Escucha, Ralp: presiento que esto va a traer cola y convendría que antes de nada nos reuniésemos todos los de la partida. No sé qué hará Lank, pero si creen que por haber matado a nuestro jefe pueden deshacerse de nosotros sin peligro y eliminarnos del juego, están equivocados. ¡Yo, al menos, por mi parte!...

—Tienes razón—afirmó Ralp—. Adelántate y, sin llamar la atención, procura reunir a nuestros hombres en un sitio donde podamos dar la batalla, si hay que darla. Después veremos quién responde de la muerte de Slow.

El forajido se adelantó al trote, mientras sus compañeros moderaban la marcha, alcanzando por fin uno de los desfiladeros que conducían al interior. Al atravesarlo se cruzaron con Lank y el forajido que había hecho la guardia con él.

«El Flaco» se veía obligado a realizar grandes esfuerzos para no exteriorizar el regocijo que le dominaba. Se había deshecho de uno de sus más odiados rivales y presentía que, no tardando mucho, alguien le iba a hacer el juego para eliminar al otro.

Al cruzarse con Ralp, preguntó:

—¿Todo bien, Ralp?

—¿Qué entiende usted por bien? —preguntó el bandido mirándole fijamente.

—No creo que tenga que explicarlo más claro. Pregunto que si no

ha habido novedad por este lado.

—¿Y por el suyo?

—Nadie nos ha inquietado en toda la noche.

Ralp, después de un momento de vacilación, se adelantó y poniendo su caballo junto al de Lank, preguntó:

—¿Cuál sería su actitud si alguien, traicionando la tregua que nos hemos impuesto, cometiese una guarrada y tratase de deshacerse de uno de nosotros?

Lank, vehemente, replicó:

—Mi actitud es clara, Ralph, y la pregunta ofende. Yo he sido quien he propuesto el pacto; si alguien tratase de faltar a él tendría que contar conmigo y con mis hombres.

—En ese caso me parece que los voy a necesitar. Alguien ha asesinado esta noche a Slow y a uno de sus hombres y por las señas ha tenido que ser alguien de la cuadrilla de Hard.

«El Flaco», fingiendo asombro, exclamó:

—¡Por el infierno! ... ¿Qué estás diciendo? ¡Eso no puede ser! ... ¿No será obra de ese demonio de «Vengador»?

—No, Lank. Le han asesinado a traición y lo han hecho con el cuchillo de Hard.

—¿El que dijo anoche que le había desaparecido?

—El mismo; pero es muy extraño que le desapareciera a él y lo dijese a voces para que haya aparecido clavado en la espalda de nuestro jefe.

Lank, adoptando una actitud heroica, dijo:

—Hay que aclararlo, Ralph, y si Hard ha cometido una traición así...

—De acuerdo... Vamos a ver qué tiene que decimos.

Y, a todo trote, se encaminaron al refugio.

Capítulo VI

LOS LOBOS SE MUERDEN



UANDO Lank, en unión de Ralph y el resto de los forajidos, penetraron en la glorieta donde tenían establecido el campamento, Hard fumaba su pipa apoyado en un árbol frente a la cabaña. A su lado se hallaba Clarence, su segundo, y al fondo, reunidos de una manera disimulada, los miembros de la cuadrilla de «el Torpe».

Hard, sin abandonar su postura indolente y aburrida, preguntó:

—¿Sin novedad alguna, Lank?

Ralph se adelantó impetuoso con la mano apoyada en la culata del revólver y gritó con voz incisiva:

—No, Hard, sin novedad, no; ¡las hay, y muy trágicas!

El bandido se envaró al oírle y replicó:

—¿Qué quieres decir, Ralph?

—Si quieres que te halague el oído, lo haré; pero tú debes saberlo hace algunas horas. Slow ha sido asesinado en el Paso del Indio, junto con uno de los hombres de Lank.

Hard, reflejando el mayor asombro en su atezado rostro, exclamó:

—¡Por el infierno!... ¿Qué dices? ¿Cómo diablos voy a saberlo yo? ¿Acaso podía adivinar que «el Torpe» se dejase asesinar por ese diablo de Sol King?

Ralph, despectivo, replicó:

—Dudo mucho que «el Vengador» haya podido venir aquí, robarte el cuchillo de debajo del petate y luego ir al Paso del Indio y asesinar a mi jefe y a su compañero sin que se diesen cuenta.

Hard palideció al oír las irónicas frases de Ralph e hizo intención de sacar el revólver, pero su contrincante, que preveía la reacción, le puso el suyo al pecho, advirtiendo:

—Será mejor que te justifiques y no trates de agravar las cosas. Si después quieres tiros, los tendrás. Ya sabes que no nos asustan y que, muerto Slow, yo me hago cargo de la dirección de la banda.

Clarence, que se hallaba al lado de su jefe, trató de separarse de

él con disimulo, pero Ralph, con voz incisiva, ordenó:

—No te muevas, Clarence. Tengo algo para ti, y si te agitas mucho puedes encontrarte con algo difícil de digerir en el estómago.

El segundo de Hard rechinó los dientes y se detuvo, pero miró a sus hombres. Estos tenían las manos apoyadas en las culatas de sus armas esperando una orden, pero los secuaces de Ralph habían desenfundado antes, llevándoles ventaja.

En cuanto a Lank, se mantenía a la expectativa; pero parte de sus bandidos se hallaba tras él esperando el resultado de aquella trágica discusión.

Hard, pálido, pero entero, recelando que había caído en una traicionera celada, se adelantó diciendo:

—Escucha, Ralph, estás un poco excitado y lo comprendo; pero me has dicho cosas que sin ventaja por tu parte ya te las habría hecho tragar. Parece ser que me acusas de la muerte de tu jefe y eso no te lo consiento…

—Bueno, pero quien está en condiciones de hablar soy yo y no tú.

—¿Por qué?

—Porque me cuesta trabajo creer toda esa patraña del robo del cuchillo. En tu cabaña sólo entráis tú, tu segundo y alguno de tus hombres. Si alguien lo robó, a ellos debes culpar, y si así ha sido, a ver quién lo ha empleado contra Slow.

Hard comprendió la lógica del razonamiento, pero se opuso a ella, afirmando:

—¿Quién te dice que el que proyectaba ese crimen no ha aprovechado un momento favorable para entrar, robar el cuchillo y luego emplearlo cargándonos las culpas? Tú sabes que no siempre estamos en nuestro cubil.

—Sí, pero es raro que anoche mismo lo echaras de menos cuando no tenías necesidad de emplearlo y lo dijeses a voces delante de todos para que se supiese.

—¿Quieres decir que yo he sido tan estúpido que he matado a Slow con mi propio cuchillo y lo he dejado allí para que vinieseis luego a acusarme? No me tenía por tan tonto ni tan idiota.

—Quizás no lo hayas hecho tú, pero si alguien de tu banda. Tú discutiste con Slow ayer. Estuvisteis a punto de sacar los revólveres. Tú eres cruel por naturaleza, y vengativo. Odiabas a Slow y por eso…

—También odio a Lank, y a ti y a todos los que me hacéis sombra; pero todos acordamos dar de lado nuestras rencillas y yo

he cumplido fielmente el compromiso.

—No puedo creerte, Hard. Han matado a Slow y necesito al criminal. Sólo sabiendo que obró por su cuenta puede quedar esto arreglado.

—¿Y si no lo encuentras, qué va a suceder?

—Que habrá tiros para hacer arder las montañas.

—Los habrá si te empeñas. Dime de quién sospechas y te prometo que si hay pruebas, ¡le mandaré colgar!

Ralph, impetuoso, señaló con el revólver a Clarence, diciendo:

—Sospecho de tu segundo; es más reptil aún que tú.

Clarence, iracundo, al oírse insultar de aquella forma, no midió la desventaja, y con rapidez pasmosa sacó el revólver, disparando contra Ralph; pero éste, más ligero, lo hizo antes que él, clavándole la bala en el pecho. Más el momento que se distrajo para enfrentarse con Clarence le fue fatal, porque Hard tuvo tiempo de sacar su arma y disparar contra él, arrojándose al suelo inmediatamente, pues sospechaba la reacción de sus enemigos.

Ralph sintió clavarse la bala en un hombro y buscó a Hard en el suelo; pero el bandido se había escurrido tras un árbol, al tiempo que sus hombres y los de Slow se buscaban con saña amparándose en los troncos de los viejos pinos de la glorieta para disparar.

Lank, gozoso, hizo una seña a sus hombres y éstos se agruparon a un lado sin mediar en la disputa. Esta era cosa de los dos bandos y ellos debían dirimir sus diferencias con gran alegría del bandido, que así se veía libre de la presencia de muchos de sus enemigos.

Durante algunos minutos el tiroteo fue intenso. A pesar de la protección buscada por cada uno, cayeron de los dos bandos, y Hard, que contaba con menos gente, tuvo que replegarse a una fisura que se adentraba en la montaña, defendiéndola con tesón para no permitir que sus contrarios se filtrasen por ella y los aniquilasen.

Cuando terminó la contienda, nueve hombres habían mordido el polvo de la glorieta. Cinco, más Clarence, pertenecientes a la banda de Hard, y tres a la de Slow.

En cuanto a Ralph, presentaba una herida en el hombro, cuya gravedad no podía apreciarse de momento, porque el bandido era duro y se hallaba poseído de la más alta furia.

Ralph, volviéndose a Lank, que permanecía indiferente rodeado de sus hombres, gritó:

—¿Qué haces tú ahí quieto, cochino coyote? ¿Es así como me ibas a ayudar a vengar la muerte de Slow?

Lank, sonriendo evasivo, dijo:

—Tú que tomaste la dirección del asunto como si fueses el jefe supremo, sabrás lo que te dices. Yo suponía que representaba algo aquí, y que tenía voz y voto. Has prescindido de mí y allá tú con tus procedimientos.

Ralph, rabioso, bramó:

—¡Eso es muy bonito! A ti te interesaba esto. Cuantos menos quedemos de cada bando y peor organizados, mejor. Si así lo crees, no voy a desmentirte; pero creo que has obrado con precipitación. No poseías pruebas para acusar a Hard.

—¿Que no? ¿No te parecieron a ti buenas las del cuchillo y la muerte de tu hombre?

—Sí y no. Pudo haber sido alguno de la banda de Hard, el mismo Clarence si quieres, pero pudo haber sido otro.

—¿Quién?

—Alguien de tu banda que no le quisiera bien.

El bandido le miró extrañado.

—¿Sí? También pudo ser de la tuya, que le queríais peor que nosotros.

—No lo niego; pero ¿y mi hombre?

—¿Qué es un hombre para ti? ¿Qué lo es para nosotros? ¿Qué somos todos sino lobos que sólo vivimos para destrozar lo que nos estorba si con ello sacamos alguna ventaja? No hables de lealtad ni de sentimentalismos, que no nos van a ninguno.

—En ese caso, ¿por qué te has expuesto por tu jefe?

—Porque al atacarle a él, nos atacaban a los demás. Era la táctica de dividirnos y eliminarnos.

—Muy bien, si ésa es tu teoría, allá tú con ella. ¿Y ahora?

—¿Ahora? Yo soy el jefe y…

—Perdona; yo no he pactado nada contigo. Tú, como jefe de banda, no me interesas ni tienes categoría para que te trate de igual a igual. «El Torpe» era una potencia; tú, su sombra.

Ralph, dándose cuenta de muchas cosas que hasta entonces no había pensado, rechinó los dientes, gritando:

—¡Ah, granuja, traidor! Tú has sido quien…

—¡Calla la boca si no quieres que te la cierre a tiros! Cambias de parecer cada cinco minutos y no sabes ya a quién culpar. Olvida eso, que ya no tiene remedio, y escucha. Tú has roto la unión, y ahora quien manda aquí soy yo. Hard no tiene gente bastante que le secunde, tú tampoco y yo tengo la mía intacta y quince hombres más que esperan una orden no lejos de aquí. Por lo tanto, voy a dictaros condiciones a Hard y a ti, y si las aceptáis, bien, y si no… peor para vosotros. Yo llevaré la dirección del asunto y os daré

órdenes. Si «el Vengador» sigue obstinado en venir a rescatar a Magde Climpson y acabamos con él, mantengo en pie el reparto del rescate, pero sólo os daré el cincuenta por ciento para los dos. Si lo aceptéis, bien, y si no, me quedaré con todo.

—Nos uniremos Hard y yo, y te haremos la vida imposible.

—¡Permite que me ría! Hard te odiará toda la vida y te perseguirá hasta el fin del mundo, y yo, en cuanto trates de revolverte, me desharé de ti y de los tuyos. Ahora escucha una primera orden: Hard no saldrá del lugar donde se ha refugiado, porque yo no le dejaré, y tú desaparecerás por aquel desfiladero con los tuyos y no saldrás de él sin permiso mío. Tengo los alimentos en mi poder y al que desobedezca le dejaré sin comer. Ahora, si no estáis conformes podéis abandonar el monte y largaros, que me basto y me sobro para entendérmelas con Sol King.

Ralph apretó los dientes con ira y echó un vistazo a su gente. Esta, hosca bajo la amenaza de los revólveres de los hombres de «el Flaco», nada podían hacer sino dejarse matar estúpidamente, y el bandido, comprendiéndolo así, replicó:

—Está bien. Hoy tienes tú la fuerza. No siempre la tendrás, y entonces…

—Para entonces habrán crecido margaritas sobre tu tumba, Ralph. Va a pasar mucho tiempo.

—Ya lo veremos.

Desfallecido por la pérdida de sangre, hizo señas a sus hombres, y todos se filtraron por el desfiladero, mordiéndose los labios de ira y con el rencor más acendrado floreciendo en su corazón.

Las jornadas que se avecinaban iban a ser duras y dramáticas. Divididos entre sí, acechándose con rencor para vengar sus mutuas diferencias, dominados por aquel escurridizo de «el Flaco» y con la amenaza de Sol, del que no habían vuelto a tener noticias, presentían que el final iba a ser trágico para todos.

Lank, satisfecho de la jornada, apenas se vio dueño de la glorieta, llamó a uno de sus hombres, ordenando:

—Monta a caballo y ve a relevar a James. Dile que venga inmediatamente aquí.

Mientras acudía su segundo, colocó un par de hombres vigilando cada desfiladero por donde se habían retirado sus rivales y esperó consumido de impaciencia. Las cosas se iban poniendo bastante bien, pero lo principal, que era la muerte de «el Vengador», no parecía ser cosa fácil e inmediata.

Cuando llegó James, ya impuesto de lo sucedido por su compañero, felicitó a su jefe, diciendo:

—Que sea enhorabuena. Como habrá visto usted, mi plan para deshacerme de Slow ha dado buenos frutos.

—En efecto. Luego te entregaré los cien dólares y, cuando esto acabe, tendrás una espléndida comisión en el rescate. Ahora quiero que busques a los hombres que tienes apostados cerca de aquí y que los traigas. No estaré tranquilo hasta que sepa que puedo dominar a esos sapos por cantidad y calidad de hombres.

—Bien; esta noche estarán aquí. Los tengo escondidos a cinco millas al Norte. Yo mismo iré en su busca.

—Perfectamente, y cuando regreses hazte cargo de la vigilancia del retiro de esa carroña. No quiero que nos den una sorpresa desagradable, si reaccionan.



Capítulo VII

LA MUERTE RONDA EN LA NOCHE



RACIAS al trágico incidente de, el Paso del Indio, cuando Sol pudo dejar su aislado escondite y adentrarse por la entrada del monte se sintió satisfecho del éxito y se prometió aprovecharlo lo mejor posible. Ahora estaba metido entre los propios forajidos y, aunque su posición entre tanto enemigo no era muy ventajosa, esperaba sacar de ella, con astucia, un buen partido. Adivinaba que las relaciones entre los bandidos iban a sufrir fluctuaciones trágicas y debía aprovecharse de ellas para registrar todo aquel conglomerado de depresiones hasta descubrir el lugar donde se hallaba encerrada Magde Climpson.

Esto era para él lo más perentorio. Cuando la hubiese localizado estudiaría la forma de sacarla de allí y después, con un poco de suerte, acaso pudiese abandonar la montaña burlando a los forajidos y dejándoles entregados a dirimir sus propias querellas.

Con infinitas precauciones empezó a correrse hacia la derecha, escalando los montículos que formaban la cadena en la que se encontraba. Buscaba la forma de acercarse todo lo posible hacia el lado por donde había visto desaparecer los jinetes que cruzaron el valle, pues suponía que por aquel lado debía encontrarse la guarida de sus enemigos.

Poco a poco iba rodeando el vano donde aquellos se reunían, y se encontraba en lo alto de una de las más elevadas depresiones cuando a sus oídos llegó el clamor producido por un buen número de enronquecidas gargantas y poco más tarde le sorprendió el ladrar de los *colts* vomitando la muerte no muy lejos de donde se escondía. El joven no podía captar el lugar donde se desarrollaba la pelea. Comprendía que los bandidos habían llegado a las manos, sin duda, a causa de la muerte de Slow; pero para alcanzar aquel sitio tenía aún que dar un gran rodeo y no podía hacerlo audazmente sin antes asegurarse de que no estaban vigiladas aquellas alturas.

Los disparos, sin embargo, sirvieron para orientarle. Se

producían dentro de un vacío del terreno situado casi frente a él; mas, para dominarle, necesitaba aún rodear bastante la cadena de colinas hasta ganar los primeros picachos que daban sobre el vano.

Se propuso aprovechar la noche para aquella tarea. Los bandidos, preocupados con sus problemas, estarían más al tanto de vigilarse mutuamente que de vigilar su posible llegada y aquel paréntesis podia serle muy útil para ganar posiciones.

Acababa de escalar una de las empinadas cuestas que conducían a lo alto de una duna, cuando, debajo de él, sintió vibrar los cascos de algunos caballos y voces seguidas de juramentos y, temiendo ser descubierto, se agazapó con los revólveres empuñados.

Pronto distinguió en el interior del pequeño desfiladero que acababa de abandonar media docena de individuos que, haciendo alto en él, se dispusieron a quedarse allí.

Sol, tumbado sobre la tierra, escuchó, y poco después llagaba hasta él una voz ronca que decía:

—Ese cerdo de Lank nos ha tendido una trampa a todos y hemos caído en ella como pajarillos. Ahora es cuando estoy pensando si la muerte de nuestro jefe habrá sido obra suya para enfrentarnos con Hard y librarse de los dos.

Una voz—la de Ralph, a quien devoraba la fiebre, exclamó:

—¡Por el infierno!... Haced el favor de mirar a ver qué tengo en este hombro. Parece que me han metido ascuas encendidas.

Después de una larga pausa, la voz primera afirmó:

—Tienes la bala alojada ahí, Ralph. Tenemos que extraértela, y la operación no es como para cantar de alegría.

—Ya lo sé, pero lo prefiero. Enciende lumbre, quema tu cuchillo y sácala.

Poco después, abajo, brillaba una pequeña fogata, a cuyo resplandor Sol descubrió a media docena de individuos, entre ellos a Ralph caído sobre las secas hojas.

El herido preguntó:

—¿Está eso ya?

—Sí. Cuando quieras.

—Bien. Escuchar antes. Es posible que la fiebre me tenga un par de días anulado. En ese tiempo no hagáis nada que pueda darle margen a ese sapo para eliminaros. Demostrar que os habéis resignado a ser sus víctimas y pedirle víveres. Decidle que estoy peor que él cree, para que se confié, y mientras, que uno de vosotros busque la forma de escalar esas montañas y abandonar esta covacha sin ser visto. Cuando esté fuera, que avise, a nuestros hombres donde han quedado escondidos. Si pueden, que entren

aquí por el mismo sitio por donde el que vaya en su busca va a salir. Si no les es posible, que traten de forzar el paso por el Cañón de las Águilas, que es el mejor para llegar aquí. ¡No lo olvidéis!

—Está bien, Ralph; no hables más que eso te perjudica. Mandaremos a Lee, que es una cabra trepando por las montañas, y prepárate, que el cirujano está ya listo.

Sol, asomado al borde de la duna, asistía al espectáculo de extraer la bala al forajido. No abarcaba bien el panorama, pero distinguía a los bandidos en torno al herido.

Este lanzó unos rugidos de fiera en degüello y sus compañeros se esforzaban en sujetarle para poder extraer la bala.

Por fin terminó la operación. Ralph debió perder el sentido durante la misma, pues no se le volvió a oír lamentarse.

Cuando le dejaron a un lado, alguien advirtió:

—Bien, Lee, ya has oído la orden de nuestro nuevo jefe. ¿Estás dispuesto?

—Ahora mismo. Te juro que los traeré, aunque tenga que ponerles alas en los brazos, y cuando estemos aquí todos ya le diremos a ese cerdo de «el Flaco» cómo sabemos hacer engordar a la gente a fuerza de meterle onzas de plomo en la barriga.

El forajido midió la altura del terraplén y, decidido, procedió a escalarle.

Sol sufrió un sobresalto al comprobar que el lugar elegido para la ascensión era precisamente el mismo donde él se encontraba. Esto significaba un grave peligro para él, pues podía ser descubierto y todos sus planes verse derrumbados como un castillo de naipes.

Se replegó hacia atrás como un león enjaulado y ansiosamente buscó un lugar donde esconderse y pasar desapercibido. No le asustaba tener que habérselas con aquel indeseable; pero sí que éste diera la voz de alarma y fuese descubierto.

A un lado de la cima se erguía un extraño árbol que nacía en forma de v. El tronco, anchísimo y deforme, parecía querer dividirse desde la raíz en dos y, al conseguirlo a un metro de altura, formaba aquella tosca letra, separando luego sus ramas violentamente.

Aquel tronco grueso y, sobre todo, ancho, podía servirle, a falta de cosa mejor, para ocultarse tras él. Si tenía la suerte de que el forajido pasase por delante, no sería capaz de verle, pero si lo hacía por el lado contrario… Resignándose a su suerte, empuñó el agudo cuchillo, ya que no le convenía llamar la atención a tiros, y esperó.

Un cuarto de hora más tarde la cabeza del bandido asomaba por el borde de la cima y, tras examinar atentamente el terreno, ganó el llano y avanzó cauteloso hasta alcanzar el lado contrario.

Ya allí, se asomó al vano que formaba la otra vertiente, mirando con curiosidad atentamente. Algo debía haber allá abajo que le intrigaba, pues se había quedado tenso sin decidirse a descender.

Sol, tras un momento de duda, tomó una rápida determinación.

El árbol se encontraba a cuatro metros del indeseable y, si la fortuna le ayudaba, podía sorprenderle y suprimirle sin llamar la atención, pues no le interesaba que el bandido pudiese escapar y volver con más gente, a la que tendría que combatir también, aumentando aún más su desventaja.

Se deslizó de detrás del árbol y, por un momento, dudó, ponderando la mejor forma de sorprenderle. El cuchillo era un arma silenciosa, pero tenía que llegar hasta él y las secas hojas que alfombraban el piso podían crujir, denunciándole antes de tiempo.

De repente, una sonrisa de triunfo iluminó su semblante. Tomó uno de los lazos que sujetaba a su cintura y lo enrolló en su mano dispuesto a lanzarlo. Dominaba el arte del lazo como pocos y la actitud tensa del forajido le brindaba la seguridad de poderle enlazar por el sitio que más le conviniese.

Se separó del árbol, movió el brazo con suavidad y de súbito lanzó el cuero diestramente. La sombra debió alarmar al bandido, pues hizo un brusco movimiento para volverse, pero lo inició tarde. El lazo se ciñó a su cuello trágicamente, y Sol, sin compasión, tiró de él, arrastrándole por la tierra entre agónicas convulsiones.

Durante algunos minutos continuó arrastrando el cuerpo dando vueltas a la planicie hasta que observó que ya no se agitaba; entonces se detuvo y, acercándose a él, le examinó atentamente.

El forajido había muerto estrangulado y ya nada tenía que temer de él.

Satisfecho, le desciñó el lazo, lo arrastró detrás del árbol, ocultando el cuerpo con un buen montón de hojas secas y respiró con desahogo.

De momento no sólo estaba libre de aquel peligro, sino que tendría inmovilizados a los miembros de la cuadrilla de Ralph durante algunos días, hasta que se convenciesen que los refuerzos no llegaban, y en ese tiempo podía hacer muchas cosas.

Ahora le intrigaba saber qué era lo que miraba el bandido con tanto interés en el fondo del barranco y, al asomarse prudentemente, se envaró.

Al otro lado, pero muy a su izquierda, se destacaba la llama de otra hoguera, y en torno a ella se descubrían confusamente algunos hombres. Sol se preguntó quiénes podrían ser y se prometió aprovechar las horas que restaban de noche para averiguarlo

Con infinitas precauciones empezó a descender por la áspera pendiente para ganar el barranco. Había observado que éste era muy quebrado y confiaba en poderse acercar al vivac para poder cerciorarse de quiénes eran los que tenían allí establecido su campamento.

Sol se preguntaba si allí se encontraría el grueso de la partida, aunque le parecía que eran muy pocos los hombres que se agrupaban en torno al fuego.

Arrastrándose como un lagarto, fue ganando terreno poco a poco. La posición era magnífica para ocultarse, pues aquello debía ser el fondo de una torrentera agotada a causa del verano.

Apurando su paciencia, pudo llegar a un lugar protegido por un conglomerado de toscos peñascales. Desde allí podía observar bastante bien a los bandidos, y como el viento soplaba hacia aquel lado le fue fácil captar parte de su conversación.

Alguien decía con ira reconcentrada:

—Estamos metidos en una trampa, Hard. Ya has visto cómo ese traidor de «el Flaco» se ha aprovechado de nuestra pelea con Ralph para hacerse el dueño. Ahora domina la salida y, como son más, cuando nos movamos nos freirán a tiros.

Otro apuntó:

—Podíamos ganar las alturas y salir al desfiladero. Aunque lo tengan vigilado, podemos abrirnos paso y escapar.

Hard, que les oía, se revolvió furioso clamando:

—¿Huir yo? ¿Dejar la victoria en manos de ese larguirucho? ¡Jamás! Prefiero morir aquí soltando tiros.

—¿Qué podemos hacer si somos tan pocos?

—Eso ya lo estudiaremos. Se os ha olvidado que «el Vengador» anda por algún lugar oculto. Me alegraría que se las entendiese con él en primer lugar.

—Y yo; pero... ¿dónde se mete?

—¡Cualquiera lo sabe!...

Uno de los bandidos se levantó, diciendo:

—Hard, se me ocurre algo grande para amargarle el éxito a «el Flaco» y dejarle convertido en humo esos cincuenta mil dólares que sueña tener en sus manos sin darnos ni un solo centavo.

—¿Qué es ello, Jim?

—Yo sé el modo de llegar hasta la choza donde está la muchacha...

Hard le interrumpió, diciendo:

—Eso sería algo magnífico, Jim. Si pudieras traerla aquí seríamos los dueños de la situación.

—No, eso no se puede hacer, Hard. Tengo que deslizarme por unos taludes y ganarlos luego como los monos y no podría traerla, aunque ella quisiera seguirme, cosa que dudo. Pero sí podría hacer algo que obligase a Lank a rugir como una fiera herida: que es deslizarme en la cabaña, apuñalar a la muchacha y matarla. Con eso se le irían de la mano los cincuenta mil dólares del rescate y seguramente se pondría tan furioso que pretendería entrar aquí a acabar con nosotros.

—¿Y qué?—preguntó Hard.

—Pues que si a nosotros no nos es fácil asaltar la glorieta, menos fácil le es a él pasar por el ojo de esta aguja. Le causaríamos muchas bajas y quién sabe si al final nos haríamos los amos del monte.

Hard ponderó la propuesta. Sol, con un terrible nudo en la garganta y apretando los mangos de sus revólveres, le veía pasear y sentía ganas de emprenderla a tiros con aquellos monstruos, pero esperaba su reacción para proceder.

Por fin, Hard, haciendo honor a su terrible apodo, sonrió siniestramente y exclamó:

—¿De verdad que podrías hacerlo sin fracasar?

—Estoy casi seguro de ello.

—Pues bien, si lo logras te daré cien dólares cuando salgamos de aquí y sustituirás a mi segundo en el mando de la partida.

—Hecho. Ahora mismo me pongo en campaña. Sé el camino seguro para llegar allí, porque lo he estudiado cuando nadie se fijó en mí. Soy hombre que me gusta prever las cosas.

El forajido abandonó el fuego y señalando la barranca, agregó:

—Ese es el camino. Bordeando todas esas cresterías se llega a una que cae encima del lugar donde está la cabaña, pero por la parte posterior. Lo único difícil es descender a una especie de embudo que hay detrás; pero una vez en él se puede uno deslizar por entre los zarzales y alcanzar la choza por la espalda. Os digo que es bastante fácil.

—¡Pues que la suerte te acompañe, Jim!

El bandido se echó la manta sobre los hombros para preservarse del cierzo de la noche y se perdió barranco adelante, hundiéndose en la oscuridad.

Sol le vio pasar a menos de tres metros de él y sintió unos deseos salvajes de abatirle a tiros, pero, dominando su rabia, se contuvo. Le convenía más seguirle sigilosamente para que le fuese mostrando el camino y cuando llegase el momento se desharía de él con toda la rabia que albergaba su alma.

El bandido siguió la barranca hasta alcanzar una bifurcación con

unas grietas que morían en ella y, como un lagarto, se introdujo por aquel estrecho paso.

Sol, a distancia, le siguió. Temía perderle de vista y que se le escabullese, y estaba dispuesto a jugarse todo a una carta si esta posibilidad surgía.

Pero el bandido, que debía estar poseído de que nadie seguiría sus huellas, seguía adelante sin recatarse ni intentar ocultar su paso, lo que alegró a Sol, que así podía vigilarle a distancia sin exponerse a descubrirse.

Siguiendo la fisura, llegaron ante unos terraplenes que ascendían formando pirámides, y el bandido, con soltura, empezó a escalarlos.

Sol, siempre pegado a él como una sombra, le imitó, cuidando de quedar protegido por los bloques cada vez que el forajido salía a descubierto por la parte alta de alguno de los terraplenes, y así, sin distanciarse mucho de él, pudo seguir su camino.

Hubo un momento en que el escalonamiento de peñascales seguía una línea casi recta para alcanzar unas cresterías que daban a un espacio vacío, y el bandido se detuvo un buen rato, examinando lo que había bajo él.

Luego se decidió y, descendiendo por el talud contrario, desapareció.

Cuando Sol se creyó seguro de no ser visto, salió a la planicie y se asomó al fondo. Aquél era el espacio que antes había anhelado descubrir; la glorieta donde los hombres de «el Flaco» hacían guardia para impedir que sus enemigos pudiesen abandonar los lugares a que habían sido confinados,

Sol calculó que el lugar donde su amada se hallaba encerrada no debía encontrarse lejos, y acuciado por el miedo a las actividades del bandido que le precedía, abandonó su observatorio y se lanzó tras él dispuesto a no permitirle llevar a cabo su monstruoso plan.

Cuando alcanzó el talud descubrió abajo la figura del forajido filtrándose por una fisura y, todo lo rápidamente que le fue posible, descendió siguiendo sus huellas.

Cuando salió de aquel estrecho callejón, volvió a descubrir al indeseable. Este, al borde de una plataforma, se hallaba muy atareado en anudar un lazo en el tronco de un añoso árbol.

«El Vengador», desde el borde de la meseta, le veía realizar sus preparativos, y recordando sus palabras, comprendió que se hallaba casi junto a la choza donde gemía la cautiva.

Sol masculló una terrible maldición al observar que ahora no contaba con ninguna protección para acercarse al bandido sin ser visto e impedir su descenso. Tenía que mostrarse a cuerpo

descubierto y esto significaba tener que hacer uso del revólver, cosa que quería evitar a toda costa.

El forajido, después de asegurarse de que el lazo quedaba bien sujeto al árbol, lo estiró para calcular su longitud. Debía contar más de seis o siete metros, según calculó Sol desde su escondite, y al parecer la medida debió satisfacer al bandido, porque lo dejó colgar del otro lado y se dispuso a deslizarse por él.

Sol le vio desaparecer por el borde de la cortada aferrado al cuero y rápidamente tomó una resolución. Podía ponerle en peligro de ser descubierto, pero estaba dispuesto a todo antes que permitir al asesino avanzar un metro más.

Se deslizó hasta el borde de la explanada y echó un vistazo hacia abajo. El bandido, pendiente de la cuerda, se mecía en el vacío a una buena altura, y Sol, aferrando el cuchillo, segó de un solo tajo la cuerda del lazo.

Un rugido impresionante rasgó el silencio y el bandido, cayendo a plomo, se estrelló contra los peñascales del fondo, donde quedó pegado como un sapo.

Sol se llevó la mano al corazón y esperó. Si el grito había sido captado por alguien, todo se había perdido por el momento.



Capítulo VIII

«EL VENGADOR» RECIBE UNA SORPRESA



URANTE más de diez minutos permaneció tenso, con las manos agarrotadas sobre las culatas de los revólveres, los ojos desorbitados, escudriñando el paisaje en torno a él. Esperaba de un momento a otro percibir el clamor de los bandidos alarmados por el alarido de angustia; pero nada sucedió que alterase la calma que reinaba en las montañas.

Poco a poco se fue tranquilizando. La suerte estaba de su parte y, sin duda, el viento había llevado al lado contrario el eco de aquel grito de muerte.

Más recuperado, decidió aprovechar el tiempo. Las sombras no tardarían en dejar paso al nuevo día, y si no aprovechaba aquel momento cumbre de soledad para intentar el rescate de Magde, nadie podía predecir si después le sería fácil intentarlo.

Sustituyó el lazo cortado por el suyo y con toda rapidez se descolgó por el talud hasta alcanzar el lugar donde yacía el forajido. Este se había estrellado horriblemente contra la dura peña y no volvería a ser un peligro para nadie.

Ya en el fondo de aquel pozo, buscó la salida, localizándola entre los espesos zarzales que se aferraban a las peñas. Sin saber positivamente que se podía salir de allí, era difícil localizar el agujero que la maraña obturaba lujuriosamente.

Lastimándose manos y rostro con las zarzas, se introdujo valientemente por entre ellas y, después de arrastrarse durante varios metros, consiguió salir a terreno libre.

Se encontró en una especie de pequeño anfiteatro de escalones rocosos que descendían a un pequeño claro rodeado de árboles. Abajo, adosada a la pared Norte, se destacaba una choza construida toscamente con troncos de árboles y con el techo de ramaje, y frente a ella, entre dos enormes piedras, se abría un negro boquete que debía conducir a la glorieta donde se hallaban los bandidos acampados.

Sol escuchó, sin percibir el más leve ruido. Era la hora en que los cuerpos se sienten más pesados y el sueño resulta más dulce y agradable.

Miró intensamente la choza y se dispuso a descender por aquel escalonamiento de grandes peñascales, pero al tender la vista frente a él, al otro lado del anfiteatro, sintió que la angustia le dominaba.

Acababa de descubrir una negra silueta erguida vagamente a la débil claridad de la luna, y rabioso, creyéndose descubierto, empuñó el revólver dispuesto a defender su vida hasta el último límite.

Pero a la angustia sucedió el asombro. La silueta, alta, grácil, elegante, toda vestida de negro, tenía los brazos levantados en señal de no empuñar arma alguna y al examinarla sintió que un estremecimiento recorría todo su ser.

Se trataba del jinete fantasma. Le había reconocido, no sólo en su silueta esbelta y atrayente, sino en el sombrero echado hacia adelante sobre los ojos y en el trozo de antifaz negro que cubría casi todo su rostro.

Sol se quedó envarado sin saber qué actitud tomar; pero el jinete, llevándose el dedo índice de la mano derecha a los labios indicándole que guardase silencio, acompañó el gesto con un ademán indicador de que esperase.

Sol se hallaba confuso. No acertaba a comprender cómo aquel ser escurridizo y endiablado había logrado filtrarse sin llamar la atención por aquellos vericuetos y cómo se hallaba allí, al parecer, esperándole.

El jinete, apoyando los brazos en una piedra, escribió algo sobre un papel. Luego tomó una piedra, la envolvió en el escrito y le hizo señas de que se retirara, pues se lo iba a arrojar.

Sol se echó para atrás, y poco después la piedra caía suavemente sobre las caídas hojas.

«El Vengador» la tomó ansiosamente y desdoblando el papel leyó con trabajo a la pálida luz de la luna. Gracias a que el jinete había trazado las letras grandes y gruesas pudo descifrar el escrito.

Este decía así:

> «Descienda rodeando el lado derecho de la cabaña. Junto a ésta, en la parte delantera, duerme el bandido de guardia que vigila a la muchacha. Si no se deshace de el en silencio, todo se habrá perdido, pues a veinte pasos se encuentran Lank y sus hombres al otro lado de la salida. Deslícese en silencio y procure que ella no se asuste y grite. Cuando

salga, no siga el camino que ha traído, pues no podrían subir. Gane los escalones por el Este, siga una trocha infame que conduce al pie de la torrentera y cruce el cauce. Por el desfiladero que hay enfrente llegará a un montículo en el que encontrará una cueva. Dentro hay mucha hojarasca, con la que se puede disimular la entrada. Yo me quedo aquí vigilando por si necesita ayuda. Quizá me quede para ayudar a los bandidos a aniquilarse mutuamente. ¡Que tenga usted mucha suerte!»

Cuando Sol se enteró del mensaje lo guardó en su bolsillo y, lanzando un beso con la punta de los dedos a su providencial protector, empuñó el agudo cuchillo, y, como un gato, se deslizó suavemente por la tosca escalera hasta ganar el pequeño llano.

Pegado al talud, avanzó cautelosamente hacia la cabaña. Hacia esfuerzos desesperados para contener los latidos de su corazón, pues eran tan violentos que le parecía que con ellos iba a despertar al guardián de su amada, y de buena gana se hubiese arrancado el corazón para obligarle a callar.

Paso a paso, sin producir el más leve roce, fue ganando terreno hasta rodear uno de los lados de la cabaña, y cuando llegó al esquinazo y asomó la cabeza descubrió en tierra envuelto en una manta al terrible forajido que se interponía entre él y la salvación de Magde.

Durante un momento, una sonrisa feroz de triunfo se reflejó en la contraída boca de «el Vengador». Este devoraba con los ojos la silueta del durmiente y registraba el sitio más eficaz donde clavar su feroz cuchillo sin permitir a su víctima que exhalase ni el último suspiro de su vida.

Por fin se decidió. El bandido dormía cara el cielo, con la manta cubriéndole el pecho; pero éste, recio y poderoso, se lo marcaba rudamente al respirar.

Se colocó frente a él y, de súbito, arrojándose sobre su cuerpo como un tigre, le aferró con la mano izquierda por el cuello, mientras su mano derecha, armada del cuchillo, buscaba varias veces con saña el corazón.

El bandido, lleno de vitalidad, se revolvió con energía increíble y estuvo a punto de zafarse de la terrible presión del cuello, dando la voz de alarma; pero Sol, apelando a todas sus fuerzas, pudo contenerle, acallando sus estremecimientos, hasta que quedó flácido entre sus manos.

Sudando como un condenado se levantó. Tiró de la manta para

cubrirle y como un lagarto se deslizó suavemente al interior de la cabaña, pidiendo a Dios que Magde no se sobresaltase al oírle y lanzase algún grito que provocase la temida intervención de los forajidos.

Iba a penetrar en la cabaña cuando se sintió acometido de una diabólica tentación. Se decía que era perder el tiempo acaso estúpidamente; pero, si le salía bien, podía ayudarle al fin deseado, que era llegar al exterminio total de las bandas haciendo que se eliminasen ellos mismos.

Gateó raudamente por los peñascales, atravesó el zarzal y, arrastrando el cadáver del forajido de Hard, descendió con él al pequeño llano, dejándole junto al cadáver del guardián de «el Flaco». Cuando el muerto fuese descubierto, Lank sospecharía que Hard había tenido que ver algo en la fuga de Magde y seguramente se decidiría a darle la batalla, en la que caerían otros cuantos enemigos, diezmando así sus filas.

Puesto en práctica su diabólico plan, alcanzó la entrada de la cabaña y arrastrándose por ella palpó el interior, buscando el tosco lecho donde Magde debía descansar.

Poco a poco, suavemente, buscó por todos los rincones hasta llegar a uno donde el áspero tejido de una manta le denunció el petate y, con voz suave que era como un susurro estrangulado, musitó:

—¡Magde... Magde... no te asustes!... ¡Por Dios...! Soy yo: Sol... ¡tu amor, que viene a salvarte!...

Repitió varias veces la advertencia en voz baja, hasta que llegó a sus oídos la nota honda de un suspiro y volvió a repetir:

—¡Ni una voz, por Dios, o todo estará perdido!... Nos acechan docenas de chacales dispuestos a destrozarme.

Por fin palpó una mano cálida que parecía dominada por la fiebre y musitó:

—¡Pobre Magde, cuánto has debido sufrir por ti y por mí!; pero todo acabará, y entonces...

La mano cálida se aferró a la suya y una voz bajísima, exclamó: -

—¡Oh, Sol! Tengo miedo de que...

—Calla, y no hables. No tengas miedo. Levántate. ¿Tienes ropas que ponerte?

—Sí...

—Pues en marcha. Tenemos los minutos contados.

La muchacha se incorporó, poniéndose en pie. Sol observaba que un temblor nervioso sacudía todo su cuerpo y tomando la manta se la echó por los hombros, diciendo:

—Toma, cúbrete bien con ella. ¡Adelante!

Salieron al exterior. Sol no pudo reconocer a la joven a la pálida luz de una luna muy baja que se ocultaba tras las montañas. Sólo pudo descubrir que vestía como los hombres, un pantalón de gamuza algo ceñido y unas botas altas. La manta que él le había dado la llevaba sobre su cabeza tapando su rostro y parte de su cuerpo.

El señaló febril los toscos escalones de piedra fronterizos, murmurando:

—Por ahí. ¿Puedes?

Ella indicó que sí con la cabeza y caminó por delante, escalando con trabajo los altos peñascales. A veces él se veía obligado a empujarla por detrás para que pudiese abarcarlos y ascender.

Cuando llegaron a la cima para deslizarse por el estrecho cauce que conducía a la torrentera Sol volvió a un lado la cabeza. En el mismo lugar, como una estatua tallada en piedra, continuaba el jinete fantasma vigilando la entrada a la cabaña. En sus manos brillaban dos imponentes revólveres que serían su salvaguardia mientras ganaban la cueva indicada.

Sol sintió vergüenza de dejar a tan valioso auxiliar expuesto a las iras de los bandidos y se prometió cumplir dignamente, ayudándole a la hora de batirse con ellos fieramente. Cuando dejase a Magde a cubierto de cualquier desagradable contingencia volvería a allí, y con el misterioso jinete se batiría con los forajidos hasta no dejar ni uno o caer en tan noble empresa.

Poniéndose delante de la joven para guiarla, siguió las indicaciones del jinete, y tras discurrir algún rato por la tortuosa trocha, alcanzaron la torrentera que se desplomaba entre una grieta de los farallones, corriendo sinuosa por un cauce labrado en fuerza de minar el agua por él.

Lo atravesaron siguiendo el itinerario marcado por el jinete misterioso. Sol, cada vez más admirado, se preguntaba cómo aquel ser sobrenatural había podido enterarse tan minuciosamente de las particularidades del terreno, previniendo las posibles contingencias para aprovecharse de su estudio.

Siguieron después el desfiladero que serpenteaba caprichoso por entre los ásperos taludes y al final se enfrentaron con un pequeño montículo cuya subida se mostraba áspera, pero no difícil, a causa de los muchos baches que, a manera de escalones, minaban la pared.

En todo el tiempo, Sol, atento a poner a cubierto a la muchacha de una sorpresa, no había cruzado una sola palabra con ella.

Tiempo habría de decirse cuanto en sus pechos pugnaba por subir a los labios, y «el Vengador» sólo se cuidaba de dejar tras ellos la mayor distancia posible para despistar a los bandidos.

Fatigosamente alcanzaron la cúspide. Ya las sombras parecían diluirse en una semi claridad apenas perceptible y muy pronto el sol empezaría a lucir en las alturas.

Cuando esto sucediese, Magde estaría a salvo en el interior de la cueva y después…

Sol no tardó en descubrir el negro agujero indicado por el jinete misterioso y extendiendo la mano, exclamó:

—¡Allí, amor mío!…

Ella, arrebujada en la manta, temblando, no sabía si por el frío o por lo violento de la situación, se encaminó a la cueva. Sospechaba de la impresión que su salvador iba a sufrir cuando se diese cuenta de que ella no era la mujer de sus sueños y se preguntaba confusa cuál sería la reacción de aquel hombre cuando se viese frente a ella, decepcionado por la realidad.

Margaret, que a pesar de todo se sentía agradecida a Sol por la valentía demostrada para salvarla, se dirigió a la entrada de la cueva; pero él, ansioso por estrecharla entre sus brazos y calmar la inquietud que debía dominarla, la sujetó suavemente, diciendo:

—¡Magde, Magde mía!, cuánto siento las angustias que has sufrido en tanto yo no me sentía con fuerzas para…

La joven, decidiéndose, quiso hablar; pero una congoja enorme truncó sus frases y, rompiendo a llorar, apartó la manta, cubriéndose el rostro con las manos.

Sol se acercó a ella y apartó las manos de su rostro, pretendiendo mirarla a los ojos; pero, al hacerlo, se quedó tenso y una palidez mortal cubrió su semblante:

—¡Dios de Dios! —exclamó—. ¿Qué significa esto?

Ella, valientemente, se irguió y mirándole con fijeza balbució:

—¡Por Dios, Sol, no se desespere y alégrese en el fondo! No, yo no soy Magde Climpson, su novia; soy Margaret Linson, una íntima amiga suya, y si estoy aquí es porque me raptaron equivocadamente creyendo que yo era la mujer de sus sueños.



Capítulo IX

HORAS DE ANGUSTIA Y DE TRAGEDIA



TRO fenómeno geológico cualquiera que hubiese estallado en torno a él no le hubiese hecho el efecto que las palabras de la joven Margaret. La tenía delante de sus ojos, la examinaba atentamente tratando de convencerse de que todo era una realidad, y, sin embargo, se resistía a creer en ella por absurda.

Por fin, realizando un esfuerzo de voluntad, tomó a la muchacha por un brazo y rugió:

—¡Oh!... ¿Qué significa esto? ¿Cómo puede ser verdad todo lo que me cuenta? ¡Por todos los santos, hable de una vez y sáqueme de este infierno en el que estoy hundido o reventaré de la impresión!

Margaret, de una forma rápida y concisa, le relató lo ocurrido en el rancho del tío de Magde la noche del cumpleaños de la joven y cómo los bandidos, creyendo que era ella al encontrarla en su dormitorio, se la habían llevado en su compañía, sometiéndola a un tormento del que creía que no iba a salir nunca.

Poco a poco Sol se iba serenando a medida que la joven hablaba. Se daba cuenta del tremendo error que habían cometido, pero no se explicaba cómo Margaret no se había apresurado a aclarar las cosas para recobrar su libertad.

Al preguntarle por qué no había declarado su verdadera personalidad, ella afirmó con entereza:

—En el primer momento no quise hacerlo por temor a que volviesen sobre sus pasos y raptasen a mi amiga, ya que tanto les interesaba tenerla en su poder. Preferí dejarles en el error para dar tiempo a Magde a ponerse en salvo. Luego... luego ya no me atreví a decir la verdad. Estaban convencidos de que yo era Magde y de que iban a lograr por mi rescate cincuenta mil dólares y temí que si confesaba la verdad se enfureciesen y tomasen represalias sobre mí asesinándome, al darse cuenta de que habían errado el golpe. Por otra parte, ellos estaban seguros de que usted acudiría al reto y trataría de salvarme y yo... yo, que sé por mi amiga de lo que es

usted capaz, no dudaba de que vendría y me ayudaría a salir de este terrible encierro.

»Comprendo su decepción y espero me perdone si he expuesto su vida por una cosa que carecía de interés para usted.

Sol, reaccionando y reconociendo la valentía y la hidalguía de la muchacha, tomó sus manos entre las suyas y exclamó con vehemencia:

—No, por Dios; no me juzgue tan mal. Al contrario, si para mí era cuestión de vida o muerte salvar a Magde, tanto me da que sea usted quien es o que hubiese sido ella misma. Ha sido usted una gran amiga y una valiente mujer; se ha expuesto por salvarla a ella de esta afrenta y a lo menos que yo estaba obligado era a hacer por usted lo que usted ha hecho por Magde. Celebro haber podido llegar a tiempo de evitar que tomasen represalias contra usted si llegan a descubrir el engaño, y le juro que estoy tan contento de haberla redimido como si se tratase de la propia Magde.

—¿De verdad que no le pesa lo que ha hecho por mí?

—Se lo juro por mí honor.

—¿Y ahora, qué va a pasar? ¿Cómo vamos a poder salir de aquí? Estoy anhelando verme libre de esos monstruos. Usted no sabe lo que he sufrido en sus manos. Son algo indigno de vivir. Ese «Flaco», como le llaman, me ha dicho cosas terribles. Incluso me ha amenazado con retenerme para su recreo si se negaban a pagar el rescate que tiene pedido.

—No se preocupe, Margaret, que todo se arreglará. Por lo pronto, ya no está usted entre sus garras; la he redimido de ellas y ahora me falta rematar mi obra, dando fin de esa manada de coyotes.

—Son muchos, Sol, y terribles.

—Ya lo sé, pero se odian entre sí y están deseando morderse. Yo he echado leña al fuego y espero que éste arda a medida de mis deseos. Por lo pronto, voy a borrar los rastros de su huida ocultándola unas horas hasta ver cómo se desarrollan mis planes. Espero que se lancen unos contra otros mientras yo... con el apoyo de alguien que se interesa por mí, ayudamos a exterminar a esa jauría. Pase, Margaret, debe usted quedar aquí oculta mientras yo doy remate a mi obra. Después...

—¡Oh, no me deje sola!... Pueden matarle...

—Procuraré que así no ocurra. Tengo muchos deseos de vivir por mí y por ella. Lucho por una noble causa y no creo que Dios me abandone...

Obligó a la joven a penetrar en la cueva y le confió su

impedimenta.

—Tome—dijo—, ahí encontrará algo que comer. Ahora voy a tapar la entrada de la cueva, disimulándola con hojas para que no puedan dar con usted en caso de buscarla. Yo me vuelvo a la cabaña a ver qué sucede.

—¡Guárdese, por Dios, Sol!... ¡Sólo puedo confiar en usted para verme libre de esta pesadilla!

—Descuide, que me guardaré. Hasta luego, Margaret.

Arrastró las hojas, cubrió con ellas la boca de la cueva y cuando se disponía a regresar al punto de partida se envaró. Hasta él llegaron claras y potentes las detonaciones de varios revólveres. La fuga de la joven debía haber sido descubierta y la desesperación de «el Flaco» habría adquirido caracteres dramáticos.

Con los revólveres empuñados, echó a correr colina abajo en auxilio del jinete misterioso. Suponía que la pelea se había entablado con él y un deber de hidalguía le impulsaba a estar a su lado a la hora de hacer cara al peligro.

El sol acababa de surgir, rojizo y deslumbrante, por las cresterías de las montañas. Era un sol de sangre que presagiaba la que se iba a derramar bajo su imperio.

* * *

Aquella noche Lank se dispuso a no dormir en previsión de acontecimientos.

Mientras su segundo no regresase con el resto de la cuadrilla, apostada a unas millas de aquel refugio, no se consideraría tranquilo, pues si bien era cierto que disponía de más hombres que sus rivales, si éstos hubiesen llegado a entenderse y ponerse de acuerdo, podían, reunidos, ponerle en un aprieto que quería evitar.

De momento los tenía separados, no sólo por los taludes, sino por el odio que había brotado en sus corazones debido a su traidora estratagema, pero en cuanto contase con elementos suficientes para ello les batiría por separado, dando fin de los restos de las dos cuadrillas.

Había prometido el cincuenta por ciento del rescate de Magde, pero estaba dispuesto a no dar ni un centavo a nadie del producto del botín.

Lo que más le acuciaba era no saber nada en absoluto de «el Vengador». Si éste no hubiese dado señales de vida creería que sintió miedo de aceptar el reto, pero después de sus hazañas en el Paso del Indio sentía una enorme inquietud, preguntándose dónde

andaría escondido y por dónde aparecería a dar señales de su trágico paso.

A pesar de sus fanfarronadas, le tenía mucho miedo, y estaba dispuesto a reunir a sus hombres, cargar con la muchacha y huir a su refugio de Utah, reclamando el pago del rescate antes de que su enemigo pudiese intervenir y frustrarle sus planes.

Luego, con el dinero, desaparecería de la región durante algún tiempo y quién sabe si cambiaría de aires futuros para evitarse un encuentro con tan peligroso rival. Consumido por una honda inquietud, paseaba por la glorieta como un león enjaulado vigilando a sus hombres, que a su vez vigilaban los pasos donde se hallaban confinados los forajidos de Hard y Ralph, y no hacía más que mirar al cielo deseando que amaneciese para ver resuelta la situación a su gusto.

Nada parecía turbar la calma que reinaba en la montaña y ni el más ligero rumor surgía por parte alguna.

Era ya casi de madrugada cuando, impaciente, llamó a uno de sus hombres, ordenando:

—Brown, vete a la choza y prepárame un buen pote de café; estoy medio helado. AI tiempo, echa un vistazo a ver si la muchacha duerme, aunque espero que así sea.

El forajido se aventuró por el pasadizo que conducía al lugar de la choza y avanzó medio a tientas. La luna se había ocultado y solamente el leve resplandor de las estrellas iluminaba pálidamente aquel lugar.

Cuando se acercaba a la choza tropezó con algo que le obligó a lanzar una maldición e, inclinándose, examinó el objeto con que había tropezado.

Se trataba de un cuerpo que no dio señales de vida al sentirse pisado, y el forajido, lleno de alarma, empuñó el revólver y sacudió al caído.

Convencido de que algo anormal le sucedía, extrajo un fósforo de su bolsillo y lo encendió. A la débil llama reconoció al caído y lanzó un horrible juramento.

Se trataba del secuaz de Hard dejado allí por Sol y su presencia en aquel lugar, aunque estuviese muerto, era para causar la más viva alarma.

Brown, inquieto, avanzó hacia la choza hasta descubrir el otro cuerpo. La mancha de sangre que cubría la manta le bastó para comprender que algo horrible había sucedido allí.

Fuera de sí, penetró como una tromba en la cabaña y un grito de sorpresa se escapó de su garganta: ¡la choza estaba vacía y la joven

había desaparecido!

Como loco, echó a correr hacia la glorieta, gritando:

—¡Lank, Lank... han robado a la muchacha!

El forajido, al oírle, se revolvió como un tigre y corriendo a su encuentro, rugió:

—¿Qué dices, imbécil?

El forajido, señalando la cabaña, gritó:

—Si, jefe, puedes verlo. Han robado a la muchacha y han asesinado a Rex. Todo ha sido obra de Hard.

Lank, que se hallaba próximo a reventar de la indignación, rugió:

—¿Cómo sabes que ha sido ese cerdo?

—Porque he encontrado el cadáver de uno de sus hombres junto al de Rex. Yo creo que se pelearon...



...hirió de refilón al caballo...

Lank, sin oír más a su secuaz, corrió a la cabaña, descubriendo los cadáveres en tierra. Después de un breve examen, aseguró:

—Aquí ha sucedido algo raro. Estos no se han peleado. Los dos fueron asesinados... ¿por quién?

Hecho una fiera, penetró en la choza, comprobando que se hallaba vacía, y, fuera de sí, salió de nuevo, dirigiéndose a la glorieta.

—¡Todos a mí! —bramó —. Ahora mismo vais a penetrar en el refugio de ese traidor de Hard y no vais a dejar ni uno vivo. Los necesito a todos pulverizados, empezando por Hard.

Los forajidos, viendo a su jefe en aquel estado de excitación, empuñaron los revólveres y uno de ellos preguntó:

—¿Qué ha sucedido, jefe?

—Que han asaltado la choza, han asesinado a Rex y se han llevado a la prisionera. Si no la rescatáis, despediros de vuestra parte en el botín.

Los bandidos, al oír la amenaza, se lanzaron en tromba dispuestos a penetrar en la cortada; pero apenas lo habían intentado varios disparos partieron del interior y dos de los asaltantes mordieron la tierra en la misma boca de la cortada, sin poder pasar al interior.

Lank, furioso, excitaba a sus hombres a penetrar a viva fuerza y hasta trató de dar ejemplo de bravura poniéndose a la cabeza de la partida; pero una bala le llevó el sombrero y otra hirió de refilón al caballo, obligándole a retroceder.

«El Flaco», fuera de sí, insultaba a Hard, llamándole canalla y traidor y amenazando con descuartizarle si no le devolvía la muchacha; pero el bandido, con sus pocos hombres bien parapetados tras los salientes rocosos del estrecho desfiladero, tenía a raya a su enemigo, no permitiéndole avanzar un solo paso.

Hard se hallaba muy alegre. Las palabras de su rival le hacían creer que su secuaz había conseguido rescatar a la prisionera y si así era y volvía a sus manos estaba en condiciones de llevar la dirección del juego, pues sin ella su enemigo nada podía hacer.

Por ello excitaba a sus hombres a no permitir que Lank pudiese asaltar sus posiciones y esperaba impaciente el regreso de su hombre portando a Magde.

Los tiros habían sembrado la alarma en el otro lado de la glorieta, donde los forajidos de Ralph, soliviantados, se aprestaron a la defensa, temerosos de que «el Flaco» intentase deshacerse de ellos por sorpresa.

Lank, rabioso al comprobar que no podía sorprender a Hard, bramaba como un lobo herido y acusaba a sus hombres de ineptos y cobardes; pero éstos, conociendo su estado de ánimo, no le tomaban en cuenta los insultos y esperaban a que se calmase para proceder.

De repente, un jinete penetró en la glorieta. Su caballo, cubierto de sudor y espumeante, acusaba una trotada agotadora.

Se trataba de James Horton, que regresaba de cumplir la orden de su jefe. El segundo de Lank llegaba rabioso y en su semblante se

acusaba una palidez mortal. Lank le cortó el paso, gritando:

—¿Y mis hombres, James? ¿Dónde diablos los has dejado?

—En el infierno, seguramente, Lank—exclamó Horton—. Han sido descubiertos y sorprendidos por el *sheriff* de Kaibab, el cual, con veinte hombres, les atacó en su escondite y ha dado fin de ellos. La mayor parte han muerto, algunos han sido cogidos heridos y muy pocos han conseguido escapar.

La noticia dejó aplanado al bandido. Sin Magde, deshecha su cuadrilla, con sólo ocho hombres útiles y con la amenaza de «el Vengador» encima, comprendió que su situación era trágica, y si no podía sacar otra cosa de la aventura debía procurar salvar la vida antes de que la perdiese a manos de su mortal enemigo o por medio de una posible confabulación de sus rivales.

Desesperado, llamó a James aparte y le dio cuenta de lo que había sucedido.

Su segundo bramó de furor ante la burla y gritó:

—¡Tenemos que deshacemos de ese coyote de Hard!

—¿Cómo? Posee una posición inexpugnable. Ya he intentado sorprenderle y me ha costado dos hombres. Sólo nos quedan media docena útiles.

James dejó brillar en sus ojos una luz de crueldad y afirmó:

—Yo sé cómo desalojarle a balazos de su guarida. Le asaremos a tiros desde las alturas.

—¿De qué forma? ¿Cómo vas a subir a esas crestas malditas?

—Conozco el camino. Posiblemente será el mismo que Hard ha empleado para robar a la muchacha. Sígame.

—No; espera. Antes necesito reunir todos los hombres disponibles. Manda a buscar a los que vigilan las entradas. Si nos hemos de largar en seguida, ya no hacen falta allí y, en cambio, aquí nos serán muy útiles para decidir la batalla.

James dio orden de ir en busca de los seis forajidos que guardaban los pasos y media hora después se hallaban reunidos todos en la glorieta.

Ahora—dijo James—sígame. Verá cómo es posible llegar a esas alturas por un paso disimulado a espaldas de la choza.

Lank dejó dos hombres de guardia en la glorieta vigilando el estrecho paso a su espalda y el resto le siguió hasta el lugar donde se hallaba la choza.

James señaló el dédalo de peñascales que cerraban el lugar, diciendo:

—Por ahí detrás hay un paso oculto por las zarzas. Se puede ascender hasta situarse encima de Hard y de los suyos y obligarles a

salir de su encierro o morir achicharrados a tiros. Vamos a echar a ese sapo de allí.

Inició la subida por el mismo lugar por donde había descendido Sol para salvar a Margaret; pero apenas había ganado los primeros escalones de peñascos, vibró inopinadamente un disparo y el bandido, abriendo los brazos, quedó un momento tenso para rodar de cabeza al fondo, estrellándose en la caída.

Un rugido de furor estalló en las gargantas de los forajidos al ver caer a James, e instintivamente volvieron la mirada hacia las alturas buscando al autor del disparo.

Arriba, a su derecha, asomando por entre dos enormes peñascales, descubrieron la silueta grácil, elegante y espigada de un individuo vestido de negro, con el sombrero calado hasta casi los ojos, que con un revólver aún humeante en la mano parecía desafiarles burlonamente. Una docena de disparos se estrellaron contra la roca al buscarle ferozmente. El jinete misterioso, tras darse a ver a los bandidos, se había ocultado rápidamente, burlando el cuerpo a las balas enemigas.

Alguien, impetuosamente, trató de perseguirle y se lanzó por entre las breñas dispuesto a alcanzar aquel lado de las depresiones; pero el revólver trágico del misterioso atacante tronó de nuevo a través de las grietas y un nuevo enemigo rodó desde la altura con la cabeza destrozada de un balazo.

Se disponían a intentar atacarle en masa cuando del lado contrario vibró una detonación, y Lank sintió como si un lobo le hubiese mordido en un hombro, obligándole a lanzar un rugido de rabia; pero al volver la cabeza para repeler la agresión, el revólver tembló entre sus manos y un grito estrangulado tremoló en su garganta:

—¡«El Vengador»!...

En efecto, en lo alto de los farallones, con sus dos revólveres empuñados, Sol King había acudido en auxilio del jinete misterioso y, en unión suya, se disponía a dar fin de sus retadores.



Capítulo X

LA ÚLTIMA LUCHA



OR un momento, reinó el más absoluto pánico entre las huestes de «el Flaco». La serie de contratiempos que habían sufrido en pocas horas, la muerte de James, su segundo, la herida que acababa de recibir su jefe y la inesperada aparición de aquel ser fantástico y terrible, unida a la ayuda de aquel otro ser misterioso, que con tanto acierto manejaba el revólver, acabaron de desmoralizarles, e incapaces de organizar de momento una resistencia o un ataque eficaz, se diseminaron por el pequeño embudo donde se hallaban, parapetándose como mejor les fue posible para hurtar el cuerpo a las balas, al tiempo que intentaban cazar a tan peligrosos enemigos.

Lank, a pesar de su herida, se mantuvo dignamente firme y tomando como parapeto uno de los lados de la choza, abrió fuego contra las alturas, gritando:

—¡Cobardes!... ¡Idiotas!... ¿Es que dos hombres solos pueden causar pánico a una docena? ¡Disparad hasta que no quede de esos coyotes ni la sombra!

Un tiroteo horrible brotó del estrecho embudo barriendo las alturas; pero tanto el jinete misterioso como Sol, bien resguardados, no se dignaban responder a aquel tiroteo incesante y esperaban pacientes el momento de tomar como blanco a algún imprudente para asegurar sus tiros sin dejarse impresionar ni por sus gritos ni por el número de enemigos.

Durante un buen rato unos y otros se tirotearon sin consecuencias. Agazapados en sus posiciones, evitaban recibir la muerte que silbaba en torno a ellos, pero no conseguían llevarla a las filas enemigas. Lank estaba desesperado. Dos hombres solamente les estaban teniendo a raya, y su inquietud mayor era pensar en la actitud que tomarían sus otros enemigos ocultos en las depresiones de la glorieta, pues si se daban cuenta de su situación era muy posible que acudiesen al tiroteo y se uniesen de momento a «el Vengador» para acabar con él, aunque después tuviesen que

enfrentarse con su mortal enemigo.

Este temor no era infundado, pues, cuando el fuego era más intenso, los dos hombres que guardaban la entrada al lugar donde se hallaba enclavada la choza abrieron fuego sobre la glorieta, gritando:

—¡Lank!... ¡Lank! ¡Los hombres de Ralph nos atacan por la espalda!

El bandido lanzó un juramento y, exponiéndose a recibir un balazo, abandonó su refugio, y saltando como un tigre cruzó el estrecho espacio bajo un diluvio de balas que no le alcanzaron por un milagro y trató de ayudar a los dos que defendían el paso para contener aquel nuevo peligro que les caía por la espalda.

Pero su ayuda fue tardía. Media docena de forajidos, lanzando alaridos de triunfo, irrumpieron en el pequeño espacio arrollando a los que se oponían a su paso y penetraron en el emplazamiento de la choza, disparando rabiosamente.

Ralph, que a pesar de su herida se había lanzado impetuosamente el primero, penetró como una tromba entre la cortina de humo que flotaba en tan reducido espacio, y de una manera vaga descubrió la delgaducha silueta de Lank tratando de cortarle el paso. El bandido, empuñando el revólver con la mano izquierda, se arrojó sobre él, tratando de vengar la humillación que había sufrido y disparó; pero la inseguridad en el manejo del arma sólo le permitió herir al forajido en una pierna.

Lank flaqueó, cayendo de rodillas a tierra; pero, sereno y dominando sus nervios, disparó repetidamente sobre Ralph, el cual recibió en pleno pecho tres disparos que le obligaron a caer de cara a tierra, sin tiempo a requerir nuevamente el arma.

«El Flaco», con feroz alegría, murmuró:

—Por lo menos, tú irás al infierno por delante de mí.

Fueron las últimas palabras que pronunció. Enfilado por cinco revólveres al mismo tiempo, su cuerpo recibió todo el plomo vomitado por ellos; pero lleno de vitalidad, a pesar de su flaca figura, aún pudo, desde tierra, disparar por última vez, llevándose por delante a uno de sus enemigos.

Ahora no había jefes que mandaran, sino un puñado de hombres ansiosos de morir matando y, revolviéndose en aquel reducido espacio, saltando como muelles para burlar la muerte que silbaba en torno a ellos, cayendo para volverse a levantar, tapados por el humo que flotaba como un velo azul y asfixiados por el acre olor de la pólvora, disparaban con saña ante todo lo que se les ponía por delante.

Había llegado el momento en que no se reconocían amigos ni enemigos. Sólo había un puñado de fieras humanas armadas de revólver que disparaban con ceguera, y cada cual buscaba donde clavar el plomo de sus armas seguro de que si no lo lograba otro lo intentaría con él.

Sol, oculto tras las altas peñas que dominaban el siniestro escenario, asistía impasible a aquella matanza salvaje y brutal. Su revólver había enmudecido y se gozaba contemplando la vesania de aquellos seres depravados y crueles, faltos de todo raciocinio y sentido de humanidad, cuya misión en el mundo era la de destruir y gozaban con ella al tiempo que se exponían a ser devorados en la misma hoguera que estaban encendiendo.

Poco a poco, el estruendo de las armas iba disminuyendo. Cada hombre que caía era un enemigo menos y un revólver menos a ladrar; pero los que aún quedaban, casi todos ellos mordidos por el plomo y sedientos de sangre, se agitaban como fantasmas entre el humo y buscaban con placer a los que podían enfrentarse con ellos. Y llegó un momento en que solamente dos forajidos cubiertos de sangre, con las municiones agotadas y los dedos abrasados por las enrojecidas armas, quedaron en pie, tambaleándose, sin fuerzas casi para sostenerse, pero mirándose con fiero rencor.

Cada uno pertenecía a una de las dos bandas: era como una pobre y trágica representación de cada cuadrilla que quedara en pie por milagro para reclamar la hegemonía del triunfo, y ambos se miraron fieramente dispuestos a no permitir que uno de los dos quedase vivo.

Sin casi alientos para dar un paso, arrojaron los inútiles revólveres y, mirándose turbiamente a través del velo sangriento que nublaba sus ojos, echaron mano a sus cuchillos y se acometieron con fiereza.

Fue una lucha terca y flácida, en la que a pesar de que cada uno apenas si podía levantar el brazo, reunía sus últimos alientos en un ansia homicida, implacable, y los cuchillos se clavaban en sus carnes insensibles ya al dolor, una y otra vez en movimientos mecánicos y trágicos que les iban agotando.

Hasta que, por fin, cayeron uno sobre otro en un revuelto montón quedando abrazados en un abrazo mortal. El último aliento de vida lo habían gastado con el último golpe de acero.

Un silencio impresionante reinó en la pequeña planicie. La muerte, ahíta de sangre, se había enseñoreado del lugar de la tragedia y nadie osaba turbar la paz de su reinado.

Sol buscó con la vista al jinete fantasma, pero no logró

descubrirle. Tan misteriosamente como había aparecido desapareció de la escena y solamente «el Vengador» quedaba allí como mudo testigo de la tragedia por él provocada.

Lentamente se irguió y se dispuso a descender. Había visto caer a «el Flaco» y a todos los hombres que pelearon a su lado y al de Ralph; pero una honda inquietud le embargaba. Faltaba alguien a la lista, y ese alguien era precisamente el más peligroso y más salvaje, de todos; faltaba Hard.

¿Qué había sido del peligroso chacal de Nevada que no se había dado a ver durante la refriega? No estaba tranquilo mientras no le viese cara al cielo con una bala clavada en su negro corazón, y tenía que averiguar si había huido o si se hallaba emboscado en algún lugar de la montaña.

Cautelosamente, fue descendiendo hasta el pequeño llano de la cabaña, con el revólver empuñado y los ojos muy abiertos, registrando todos los accidentes del terreno. Sabía de la astucia refinada del forajido de Nevada y no quería exponerse a caer en una celada cuando había ganado casi el final de la partida.

Como no le descubriera entre los cadáveres, se aventuró a salir de allí. Debía examinar la glorieta y cerciorarse si continuaba confinado en su estrecho desfiladero, esperando el final de aquella terrible lucha.

Avanzaba sigiloso hacia la salida, cuando algo como una sombra proyectada por el sol contra una de las paredes del angosto paso le descubrió que alguien avanzaba cautelosamente. El sol le había denunciado pese a su prudencia, y «el Vengador», de un salto felino, ganó la cabaña decidido a tomarla como baluarte protector.

Apenas si tuvo tiempo de introducirse en ella. Dos disparos simultáneos brotaron en el silencio de la mañana y las dos balas se clavaron en el quicio de la tosca puerta en el momento en que «el Vengador» lo traspasaba.

Sol disparó a través del vano tirándose a tierra para hurtar el blanco de su cuerpo, pero tuvo que disparar al azar porque no alcanzaba a distinguir a sus enemigos.

La voz gozosa de Hard le sublevó rabiosamente:

—¡Ya es nuestro!… ¡Rodead esa maldita choza y no le dejéis escapar u os achicharro vivos!

La media docena de secuaces que restaban de la cuadrilla de Hard rodearon la choza a prudente distancia y un intenso tiroteo se entabló entre el prisionero y los bandidos.

Hard, como Sol temía, había sabido jugar sus pocas y pobres cartas sabiamente y con astucia.

Cuando estalló el tiroteo mantuvo un vigía escondido a la entrada de su desfiladero y desde él descubrieron los restos de la partida de «el Torpe» lanzarse ciegamente a la pelea; pero Hard optó por no secundarles.

Esperaba que se destrozarían mutuamente y sólo cuando la batalla se decidiese tomaría parte en ella, eliminando a los pocos supervivientes.

Pero la suerte le había ayudado. Ni uno solo salió con vida de tan trágica refriega, y Hard se encontró dueño del terreno, aunque preocupado por ignorar qué había sido del que salió destacado en busca de la prisionera y de esta misma.

Cuando se cercioró de que el silencio que reinaba en derredor no era fingido y de que todo había concluido trágicamente para sus rivales, decidió explorar la cabaña y los alrededores hasta localizar a su comisionado, y fue en el momento en que penetraba en el reducido espacio de la cabaña cuando descubrió a Sol en ella.

Una alegría salvaje le acometió. Ahora, solo, encerrado entre aquellas estrechas y toscas paredes y frente a siete hombres decididos, de nada le valdría su valor y su astucia y caería como habían caído sus enemigos.

Durante un buen rato, los revólveres tronaron siniestramente. Sol, pegado a la tierra, protegiéndose por las débiles paredes de la choza, disparaba rabioso, dispuesto a morir matando; y sus enemigos acribillaban la choza de impactos sin alcanzarle.

Uno de ellos había sido herido al pretender enfrentarse con la puerta para disparar con más seguridad, y Hard, rabioso al comprobar que no lograba rápidamente su siniestro propósito, gritó:

—Walter… Edmund… Temad unas cuanta ramas de pino bien resinosas y prenderlas. Luego arrojarlas contra las paredes de la choza.

Los dos forajidos se apresuraban a cumplimentar la orden y poco después varias gruesas ramas de pino chorreantes de resina, caían ardiendo junto al entramado de la choza.

Esta empezó a arder lentamente y, no tardando mucho, el humo, el calor y las llamas obligarían a Sol a abandonar su refugio y a salir para enfrentarse a un tiempo con siete salvajes forajidos.

Pero cuando éstos, con las armas empuñadas, esperaban el momento de ver saltar al preso; vibró una detonación y otra inmediata y dos de los bandidos lanzaron un ronco grito y cayeron a tierra abatidos de dos certeros disparos.

Hard, sorprendido, se volvió, y en el momento de hacerlo, una nueva bala dirigida contra él, fue a clavarse en el pecho del que

tenía más cerca, que cayó sin tiempo de exhalar una queja.

Hard no pudo distinguir al misterioso y mortal atacante; pero una ligera nube de humo que brotaba entre las junturas de unas piedras le denunció al enemigo. Rabioso; disparó contra el parapeto, y sus hombres le imitaron; dejando de disparar contra la cabaña, y Sol, dándose cuenta de que algo había surgido en su favor, se aventuró un momento a asomar la cabeza y al distinguir a sus enemigos vueltos de lado, disparando contra las cresterías, comprendió que el jinete fantasma le estaba ayudando en tan crítico momento, y aprovechando aquella tregua disparó.

Dos de los bandidos cayeron a tierra víctimas de su certera puntería.

Hard se vio perdido, y el único hombre que le quedaba también, y volviéndose rápidamente trataron de ganar la salida al desfiladero.

El forajido no pudo lograrlo, pues cayó al mismo borde, atravesado por la espalda; pero Hard, más ágil, consiguió salvar la trágica barrera.

Sol, al descubrir su fuga y libre de enemigos, saltó como un tigre tras él y cuando llegó a la glorieta, le descubrió a caballo huyendo como un rayo con dirección al valle.

«El Vengador», sin caballo a mano para perseguirle, clavó la rodilla en tierra, afinó la puntería y disparó. El caballo, alcanzado en los flancos, saltó de manera fantástica arrojando al jinete por la cabeza. Hard dio de lleno con ella en tierra y quedó un tanto atolondrado del golpe. Fueron varios segundos, que a él le parecieron siglos, hasta que, reaccionando ante el trágico peligro, se incorporó con el revólver en la mano.

Solamente le quedaba un cartucho en él y no tenía tiempo de reponerle de municiones. Era un cartucho que podía significar su salvación o su muerte y, rechinando los dientes con ira, esperó.

Sol, que parecía adivinar el estado de ánimo del vencido, se adelantó pausadamente con el revólver en la mano. No ignoraba la fama de tirador de su enemigo y no quería cometer imprudencias que en el último instante de la tragedia podían serle fatales.

Con los ojos clavados en la mano derecha del forajido continuó avanzando. Mientras Hard no hiciese el más ligero movimiento para disparar esperaría, y cuanto más cerca se hallase más seguro estaba de acertar.

Por fin adivinó el movimiento de aquella mano cruel y con su característica rapidez disparó. Los dos tiros vibraron casi simultáneamente, y Sol sintió el siniestro silbido de la bala

cruzando junto a su rostro; pero vio cómo el forajido doblaba las rodillas hacia adelante y caía lentamente para clavar el rostro en la hierba.

Cuando se acercó a él sin soltar el arma, nada tenía ya que hacer. Hard había pasado a mejor vida con dos onzas de plomo clavadas en el corazón.

La tragedia había terminado. El macizo montañoso de Kaibab guardaría en su seno los despojos de aquellas terribles cuadrillas destrozadas casi todas entre sí por su egoísmo y sus rencillas y la misión que «el Vengador» se había impuesto cerca de ellas, quedaba cumplida.

Sol regresó hacia la cabaña que ardía como una tea y buscó con la vista al jinete misterioso sin hallarle. Confiaba en que esta vez se daría a conocer de él después de la valiosa ayuda que le había prestado; pero por más que registró los lugares donde momentos antes le había visto no pudo descubrirle.

Decepcionado y después de una infructuosa búsqueda, recordó a la infeliz Margaret, refugiada en la cueva, y decidió correr en su busca. Ya no existía peligro para ella y ahora debía preocuparse de restituirla de nuevo a su rancho, donde reinaría la mayor consternación por su suerte.

Presuroso, alcanzó de nuevo el montículo y cuando llegó a la puerta de la cueva su corazón sufrió tal sobresalto que creyó que iba a dejar de latir. La capa de hojas que él había colocado para ocultar la entrada se hallaba desparramada y la cueva a plena luz del sol.

Como loco, penetró en el refugio, descubriendo con ansia que se hallaba vacío. Allí se encontraba su morral de provisiones y sus lazos; pero ni señales de la muchacha. Por un momento creyó que cansada o asustada de estar allí habría salido por propio impulso y se encontraría oculta en algún otro lugar, pero al cabo de una hora de recorrer las proximidades llamándola a gritos, tuvo que reconocer que había desaparecido sin dejar rastro. Deprimido, dominado por la pena, se dejó caer sobre una piedra, dándose a pensar qué habría sido de la muchacha. Una terrible duda le asaltaba: la de que alguno de los forajidos no hubiese tomado parte en el combate y descubriendo su refugio se hubiese apoderado de ella.

Dominado por esta trágica idea, decidió registrar la montaña hasta en sus últimos rincones. Era su deber rescatarla y conducirla a su rancho y no regresaría a Pine sin haberlo logrado.

Exhausto y cansado, tomó su morral para echárselo al hombro y,

al hacerlo, observó que en él había clavado un papel. Temblando de emoción, lo tomó, leyendo:

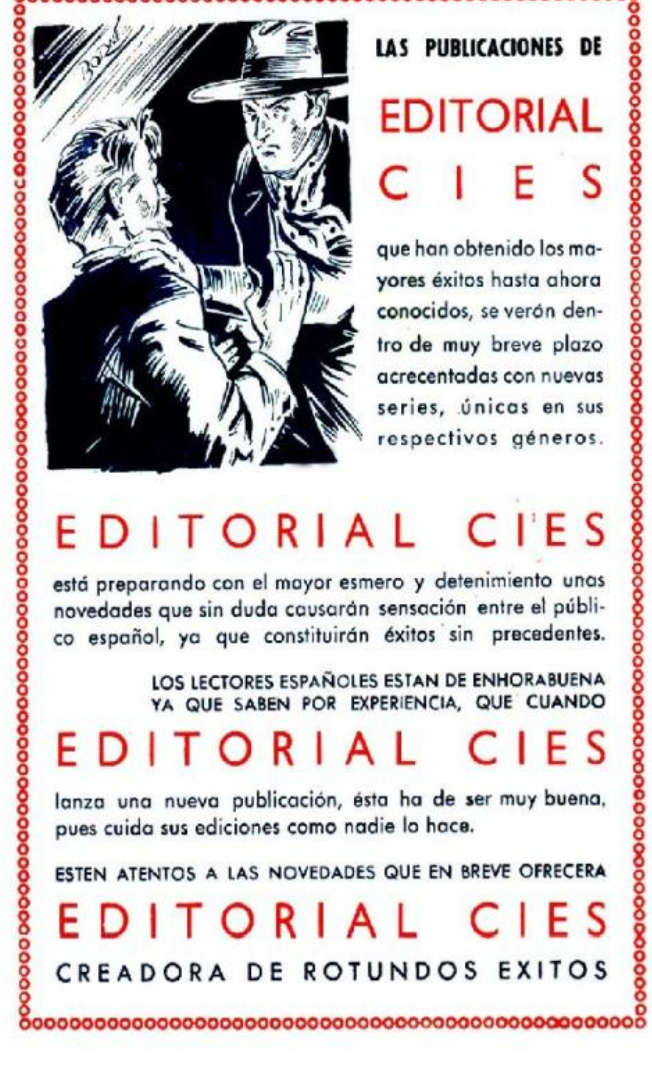
> «Sol: se ha portado como un bravo y algún día recibirá la merecida recompensa.
>
> «Margaret le agradece cuanto ha hecho por salvarla y promete informar a su amada de las heroicidades que ha llevado a cabo para rescatarla.
>
> «Como usted tiene aún una misión que cumplir, no se preocupe de la cautiva, pues yo me encargo de hacer que llegue a su rancho sana y salva. Siga usted su ruta y termine cuanto antes su misión, que hay muy lejos quien cuenta los minutos que le faltan para regresar a su lado y no abandonarla ya más.
>
> «En su zurrón le dejo un recuerdo de este grato encuentro. Espero que lo conserve junto con los anteriores y quizá algún día nos conozcamos personalmente y pueda mostrármelos como un grato recuerdo de nuestras correrías por las montañas.
>
> «Mucha suerte le desea,
>
> El Jinete Fantasma.»

Sol no tuvo necesidad de buscar dentro del zurrón para saber a qué recuerdo aludía. No podía ser más que un nuevo pañuelo como aquéllos otros que conservaba ocultos dentro de su pecho.

En efecto, era un pañuelo, esta vez verde: el color de la esperanza...

Y dominado por una languidez que casi le privaba de andar, se dispuso a abandonar la montaña para ir en busca de su caballo y lanzarse nuevamente a los avatares de aquella lucha trágica y desigual.




LAS PUBLICACIONES DE
EDITORIAL
C I E S
que han obtenido los mayores éxitos hasta ahora conocidos, se verán dentro de muy breve plazo acrecentadas con nuevas series, únicas en sus respectivos géneros.
EDITORIAL CIES
está preparando con el mayor esmero y detenimiento unas novedades que sin duda causarán sensación entre el público español, ya que constituirán éxitos sin precedentes.
LOS LECTORES ESPAÑOLES ESTAN DE ENHORABUENA YA QUE SABEN POR EXPERIENCIA, QUE CUANDO
EDITORIAL CIES
lanza una nueva publicación, ésta ha de ser muy buena, pues cuida sus ediciones como nadie lo hace.
ESTEN ATENTOS A LAS NOVEDADES QUE EN BREVE OFRECERA
EDITORIAL CIES
CREADORA DE ROTUNDOS EXITOS